

de que nunca se ha visto ejemplo. V. PADRES DE LA IGLESIA.

**Económico.** Se llamaron así en el siglo IV y V los administradores de los bienes de la Iglesia. Estos bienes en los siglos precedentes estaban entorpecidos á disposición de los obispos; mas como este cuidado les era muy pesado, y les robaba una parte del tiempo que debían emplear en las funciones de su ministerio, procuraron descargarse de él. S. Agustín ofreció mas de una vez entregar los fondos que su Iglesia poseía; pero su pueblo no quiso nunca recibirlos. Possidius, *in vita S. August.*, c. xxiv. S. Juan Crisóstomo echaba en cara á los cristianos que, por su avaricia y negligencia en socorrer á los pobres, habían obligado á los obispos á procurar á las iglesias rentas seguras, y á dejar la oración, la instrucción, y demás santas ocupaciones, para ocuparse de cuidados que no convenían mas que á recaudadores y arrendatarios. *Hon.* 83, *in Mat.*, xxvii, 40. Así, del mismo modo que los apóstoles habían descargado sobre los diáconos el cuidado de distribuir las limosnas, los obispos confiaron la administración de los bienes de la Iglesia á los arcidiaconos, y mas adelante á los *económicos*, que debían dar cuenta de ellos al clero.

Algunos obispos hasta fueron acusados de haber dejado menoscabarse los bienes de su Iglesia por negligencia, ó por falta de inteligencia; esto fué una nueva razon que impulsó á los PP. del concilio de Calcedonia á disponer que cada obispo escogiese de entre sus clérigos un *económico*, para encomendarle la administración de los bienes de la Iglesia, porque los arcidiaconos estaban bastante ocupados en otras cosas, y era conveniente poner al sacerdocio á cubierto de toda sospecha. La elección de estos *económicos* se hacia á pluralidad de votos del clero. Bingham, *Orig. ecles.*, l. 3, c. 42. Fleury, *Costumbres de los cristianos*, § 30.

Esta disciplina prueba evidentemente que en general los obispos de aquellos tiempos no estaban muy apegados á sus temporalidades, y que se los acusa injustamente de haber procurado en todos los siglos aumentarlas por toda clase de medios. V. BENEFICIO.

**Ectésis ó Ecthésis.** Exposición ó profesión de fe. V. MONOTEILITAS.

**Eucénico.** Quiere decir *general* ó universal, y viene del griego *ευαίνω*, la tierra habitada ó habitable; por consiguiente toda la tierra. Así, llamamos concilio *eucénico* aquel al que asisten ó por lo menos son convocados todos los obispos de la Iglesia católica. Véase CONCILIO. Alguna vez, los africanos dieron este nombre á los concilios que solo se

componían de los obispos de toda el Africa.

Muchos patriarcas de Constantinopla se apropiaron el título y cualidad de *patriarcas eucénicos*; veamos con qué motivo. Cuando el emperador Constantino hubo trasladado la corte imperial á Bizancio, dándole el nuevo nombre de *Constantinopla*, declaró que esta ciudad gozaria de todos los honores, derechos y privilegios que se concedieron en otro tiempo á la antigua capital del imperio. Por consiguiente los obispos de Constantinopla se figuraron que debían tener en todo el Oriente la misma jurisdicción que los pontífices romanos ejercían sobre el Occidente. El año de 381, el primer concilio celebrado en esta ciudad, segundo general, declaró en el tercer canon que el obispo de Constantinopla tendria las prerrogativas de honor despues del pontífice romano por ser una nueva Roma. De este modo se halló el obispo de Constantinopla superior á los patriarcas de Alejandria y Antioquia, que reclamaron en vano, igualmente que los papas, contra esta variación de disciplina.

En el concilio de Calcedonia, año de 451, los sacerdotes y diáconos de la Iglesia de Alejandria presentaron al papa S. Leon, que le presidia por sus legados, una petición concebida en estos términos: *Al santísimo y beatísimo patriarca eucénico de la gran Roma, Leon.* De aqui tomaron los obispos de Constantinopla ocasion de titularse tambien *patriarcas eucénicos*, con el pretexto de que se dió este título á S. Leon, aunque este santo papa nunca lo habia usado. El año de 518 Juan III, obispo de Constantinopla, y el de 536 Epifanio, tomaron tambien este título; pero Juan VI, por sobrenombre el *Aynador*, le tomó aun con mas pompa en un concilio de todo el Oriente, convocado el año 587 sin conocimiento del papa Pelagio II. Este pontífice, y su sucesor S. Gregorio Magno, condenaron todos estos pasos aunque en vano: los sucesores de Juan el *Aynador* conservaron siempre este título á pesar de todo, y se vió tambien que uno lo tomó hasta en el concilio de Basilea, año de 1431.

Esta cualidad no solo debe su origen al orgullo y ambicion de los personajes que acabamos de nombrar, sino que tambien es equívoca. En efecto, por *patriarca eucénico* se puede considerar á aquel cuya jurisdicción se extiende universalmente á toda la Iglesia, ó el que se mira el solo como obispo soberano, y no considera á los demás sino como sus vicarios y sustitutos, ó en fin, aquel cuya autoridad se extiende á una gran parte del mundo, tomando la palabra griega *ευαίνω*, no por el mundo entero, sino por una vasta exten-

sión de pais, como lo hizo S. Lucas, c. ii, v. 1. El primero de estos tres sentidos, que es el mas natural, fué el que adoptó el concilio de Calcedonia, cuando quiso que se diese á S. Leon este título. Los patriarcas de Constantinopla sin duda le tomaban en el tercer sentido, para apropiarse la jurisdicción sobre todo el Oriente, lo mismo que el primer doctor de la Iglesia se llamó tambien doctor *eucénico*; pero lo tomaron mal si por esto pretendían excluir á los papas de toda jurisdicción sobre las Iglesias orientales, como lo hicieron despues. El segundo sentido es evidentemente absurdo: sin embargo, parece que fué el que atribuyó S. Gregorio Magno á los patriarcas de Constantinopla, porque dice que el título de *patriarca eucénico* es una blasfemia contra el Evangelio y contra los concilios; que el que lo toma pretende ser el único obispo, y priva á todos los demás de una dignidad que les corresponde por institucion divina.

En el dia todos los patriarcas griegos toman el título de *eucénicos*, como igualmente los patriarcas jacobitas, nestorianos y armenios toman el de católicos, que es lo mismo que el de universales; pero esta universalidad solo comprehendia extension de su secta. Ducange, *Glossar. Latin.*

Los protestantes, que refieren con complacencia esta pretension de los patriarcas de Constantinopla, porque mortifica á los papas, se ven precisados á confesar lo funesto de sus consecuencias. Esto es lo que produjo entre estos patriarcas de Constantinopla y los de Alejandria el odio y envidia que resultaron en el siglo V despues del concilio de Calcedonia por el cisma de Dioscoro y los eutiquianos, y lo que dió margen al cisma entre griegos y latinos, principiado por Focio en el siglo XI, y consumado por Miguel Cerulario en el siglo XII. Desde aquel momento, privados del auxilio de los latinos, no pudieron defenderse contra los turcos que los oprimian. Mosheim, *Hist. ecles.* del siglo V, 2ª parte, c. 2, § 1; siglo IX, 2ª parte, c. 3, § 26, etc.

Empero los griegos, á pesar de su animosidad contra la Iglesia romana, conocieron como ella la necesidad de una cabeza, y atribuyeron al patriarca de Constantinopla una autoridad mas absoluta sobre las Iglesias orientales, que la que ejercian antes los papas: de este modo condenaron y condenan aun en el dia con su conducta la anarquía de los protestantes.

**Eumenio.** Aulor griego que parece haber vivido en el siglo X; escribió comentarios sobre las Actas de los apóstoles, sobre las Epistolas de S. Pablo y sobre la de Santiago. Se

imprimieron en Paris en griego y latin el año 1631, en dos volumenes en folio; este autor no ha hecho mas que compendiar á S. Juan Crisóstomo.

Eden. V. PARÁISO.

**Edictos de los Emperadores.** V. EMPERADORES.

**Educacion.** Los filósofos de nuestro siglo han declamado contra la costumbre de dar á los niños una educacion cristiana, de enseñarles la religion del mismo modo que se les enseñan las leyes, las costumbres y usos de la sociedad civil. De esto se sigue, dicen, que se debe á la casualidad el que un hombre sea mas bien cristiano que judío, mahometano ó pagano: su religion no es el resultado de una elección libre y reflexionada: lleno de preocupaciones religiosas desde la infancia, no tiene en lo sucesivo la libertad de espíritu y el desinterés necesario para juzgar con imparcialidad si la religion es verdadera ó falsa.

A estas reflexiones respondemos: 1º Que es tambien una casualidad el que el hombre reciba en la infancia buenas lecciones, buenos ejemplos, buenas costumbres, é ideas justas sobre las leyes y usos de la sociedad, ó impresiones del todo contrarias; y se seguirá de esto que no se le debe dar en la infancia ninguna nocion de todas estas cosas, y si dejarle crecer y hacerse hombre como el hijo de un animal?

2º Un niño educado sin ninguna idea religiosa serian incapaz de formarse en adelante una religion verdadera, como el hijo de un salvaje lo es de hacerse un sistema de leyes, usos civiles y costumbres conformes á la recta razon. ¿Podrán nuestros filósofos citar un solo ejemplo de lo contrario?

3º Es falso que un hombre educado en una religion cualquiera no tenga en el curso de su vida la libertad suficiente para examinar los principios y las pruebas de ella; se demuestra lo contrario con el ejemplo de todos los que en una edad madura cambian de religion, ó que despues de haber sido educados en el cristianismo, caen en la irreligion. O el exámen que pretenden haber hecho de su religion ha sido libre ó imparcial, ó no lo ha sido; si lo primero, su objecion es falsa; si lo segundo, su incredulidad no prueba nada: juzgan tan mal de la educacion como han juzgado de la religion.

4º Un incrédulo, si fuese sincero, confesaria que ha llegado á serlo por casualidad, ó mas bien por una curiosidad criminal. Si en lugar de leer las obras de los enemigos de la religion, hubiese consultado las de sus defensores, hubiera perseverado en la creencia cristiana, como han hecho los que han tenido esta pre-

caución. Mas él quiso ver las producciones célebres de nuestros filósofos, ha sido seducido por su docencia, y sobre todo por su tono imperioso; las pasiones han hecho lo demás. Es deista, ateo, materialista ó pirrónico, según qué ha leído por acaso libros del deísmo ó del ateísmo. Le ha seducido, pues, lo que Cicéron echaba en cara ya á los antiguos filósofos, que eran estóicos, epicúreos ó académicos, según que el gusto, la casualidad, los consejos de un amigo los habían conducido á las escuelas de Zenón, de Epicuro ó de Carneades.

Los que sean tan insensatos que no den á sus hijos ninguna educación religiosa, se arrepentirán seguramente con el tiempo; y la sociedad, por desgracia, sufrirá las dolorosas consecuencias de su demencia.

Pero contra quienes nuestros censores filósofos han vomitado su bilis principalmente, es contra los maestros encargados por su estado y por su elección de la educación de la juventud. La instrucción del pueblo, dicen ellos, está abandonada en todos los países á los ministros de la religión, que se ocupan de deslumbrar los entendimientos con fábulas, maravillas, misterios y prácticas, mas bien que de formar los corazones con los preceptos de una moral humana y natural. Lejos de tener la voluntad y la capacidad de desarrollar la razón humana, no tienen otro objeto que combatir para su cometerla á su autoridad. El sacerdote nada conoce mas importante que inspirar á sus discípulos un ciego respeto á sus propias ideas; les forma para la otra vida, para los dioses, ó mas bien, para sí mismo; les prohíbe unirse á sus semejantes, buscar su estimación, y alabarse del bien que hacen. No les predica mas que virtudes que no tienen nada de común con la vida social; evita con cuidado inspirarles el amor de las ciencias útiles, el deseo de examinar las cosas. Siendo él incapaz de conocer la verdadera naturaleza del hombre, ignora el uso que se puede hacer de las pasiones, y los medios de hacerlas servir para la utilidad pública. La educación sacerdotal parece no tener otro objeto que envilecer á los hombres, quitarles toda energía, impedir el desarrollo de su razón, y hacerlos miembros inútiles de la sociedad. Al salir de las manos de sus maestros, un jóven no sabe ni lo que es, ni si hay una patria, ni lo que debe hacer por ella. Toda su moral consiste en creer firmemente lo que no comprende, cree haber llenado todos sus deberes cuando ha cumplido con las prácticas maquinadas á que está habituado. *Sist. social, part. 3, c. 9.*

Hé aquí una elocuente declamación; exa-

minémola á sangre fría. 1.<sup>o</sup> No trataremos de demostrar su impiedad; nos basta atestiguar la notoriedad pública para hacer ver la falsedad de todas estas acusaciones. A pesar de la imperfección verdadera ó supuesta de las lecciones que se dan en los colegios, á pesar de la brevedad del tiempo que en ellos se pasa ordinariamente, se ven con todo eso salir de ellos todos los días jóvenes que á lo menos tienen una tintura de literatura, de física, de matemáticas, de historia natural y civil, de geografía, ciencias muy útiles, si las hubo jamás, y muy capaces de desarrollar la razón. Es falso que no se les dé ninguna lección de equidad, de humanidad, de generosidad, de moderación, de amor á sus padres, á su familia, á la patria, virtudes muy necesarias; y estas semillas producirían mas fruto si el estado general de nuestras costumbres emponzoñadas por los filósofos no sofocase prontamente el germen de todas las afecciones sociales. Es falso que no se emplee el fondo del amor propio natural á todos los jóvenes, para excitar en ellos la emulación y el deseo de distinguirse entre sus iguales, por consiguiendo el deseo de hacerse estimar y respetar. Es falso que los maestros públicos, inspirando á sus discípulos principios de religión, puedan tener la intención de formarlos para sí mismos, puesto que muchas veces son extranjeros, que no volverán á ver jamás, ó disgustados para aprender nada, porque ya crearán saberlo todo.

2.<sup>o</sup> Puesto que la educación pública está en tan malas manos, ¿cómo es que el celo que abraza á nuestros filósofos por el bien de la humanidad, no los ha inspirado todavía el valor de consagrarse á esta importante misión, y el deseo de probar con los mas brillantes resultados la superioridad de sus luces y de sus talentos? No será esto porque solo la religión escapa de inspirar gusto hacia un trabajo tan difícil, tan ingrato y tan enojoso? Por qué á lo menos estos elocuentes reformadores no han dicho nada para demostrar la injusticia, lo absurdo de la preocupación común, que hace mirar á la pedagogía como un oficio vil y despreciable? No es este ciertamente un medio muy propio para atraer á esta ocupación á los hombres mas capaces de desempeñarla ventajosamente.

3.<sup>o</sup> A la verdad, como los filósofos se glorian de gobernar el universo por medio de folletos, no han dejado de publicar planes de educación nacional, filosófica, patriótica, científica. Y ¿qué han conseguido? Nada. Los hombres

instruidos por la experiencia han visto que esos planes maravillosos eran impracticables, ó no eran á propósito mas que para formar fatuos y libertinos, y los que han querido ensayarlos se han visto obligados á abandonarlos. Aun mas; la educación nunca ha sido mas mala que desde que los filósofos se han ocupado de ella, y el número de los ignorantes presuntuosos nunca ha sido mayor que desde que se ha lisonjeado á los jóvenes con la loca ambición de aprenderlo todo á un tiempo.

Hay entre nosotros un vicio esencial de educación, que no depende de los maestros, sino de los padres; hay una especie de furor por abreviar el tiempo de la infancia, cuando sería menester prolongarle. En otro tiempo un jóven de diez y ocho años era reputado por niño, y permanecía bajo la férula de sus maestros; en el día se quiere que sea hombre hecho á los quince años, y que goce de su libertad. Desde la mas tierna edad se lisonjean muchos de dirigir por la razón á niños que no son aun mas que máquinas; se recarga su memoria, y se fatigan sus órganos demasiadamente para conocimientos prematuros; estos pequeños prodigios de seis años, á cuya presencia se ve extasiarse á los necios, no son en el fondo mas que hongos abortados: á los quince años serán poco menos que imbéciles, ó disgustados para aprender nada, porque ya crearán saberlo todo.

3.<sup>o</sup> Se sabe con qué furor han declamado los enemigos del clero contra la sociedad de los hombres que se dedicaban por religión á la educación de la juventud, con qué ardencia han deseado su destrucción, con qué insolencia la han aplaudido. En el día se experimenta cuán difícil es reemplazarla. El gobierno se ha visto fatigado por la multitud de quejas y de memorias que se le han dirigido respecto á esto, y aun hoy se están ocupando, aunque bastante en vano, en hallar los medios de llenar el vacío que los prescriptos han dejado. Jamás los filósofos han tenido una ocasión mas bella para desplegar su ingenio fecundo en recursos, y aun no han indicado ninguno. Para destruir basta un momento, para edificar son menester siglos.

4.<sup>o</sup> Nos parece que los hombres del siglo pasado valían por lo menos tanto como los del presente; sin embargo, habían sido instruidos por sacerdotes, por esos mismos á quienes tan amargamente se ha condenado, y según el método que parece tan defectuoso á nuestros filósofos. El gran Condé había sido educado en el colegio de Bourges, y quiso que su hijo, el duque de Enghien, fuese educado

igualmente en el colegio de Namur. Conocia por experiencia, dice su historiador, el precio y las ventajas de la educación pública, atribuía la ignorancia, la debilidad, el orgullo estúpido de la mayor parte de los grandes á esa educación solitaria en que frecuentemente no ven mas que esclavos en los que no les sirven, y corlesanos en los que los instruyen. Un irreligioso inglés afirma que la irreligión nació en Inglaterra de la educación descuidada, sobre todo entre las gentes de distinción. *Fábula de las abejas, t. 4, pág. 203.*

5.<sup>o</sup> Nuestros filósofos en sus libros han hecho todo lo contrario de los sacerdotes; han enseñado á los jóvenes que no hay Dios, ni otra vida; que la religión es una fábula; que el hombre no es mas que un animal; que toda la moral consiste en procurarse el placer y huir el dolor. Este curso de educación se hace bien pronto, no es menester colegios ni maestros para salir hábil en él; así es que nuestros jóvenes libertinos han sabido bien pronto tanto como sus maestros, y todos los dias vemos aparecer los frutos de esta moral humana, natural, filosófica, ó mas bien animal, mas digna de los establos de Epicuro que de una escuela de educación.

6.<sup>o</sup> Nuestros reformadores modernos no han sido menos elocuentes para desacreditar la educación que reciben las jóvenes en los conventos de religiosas; ¿de qué sirve, en efecto, la religión á las mujeres? A los hombres casados les toca pintarnos la felicidad de que gozan en la sociedad de las esposas educadas según las máximas de la nueva filosofía. Por poco que se consulte la crónica escandalosa, se verá fácilmente de dónde viene la multitud de matrimonios desunidos y desgraciados.

Tal vez no pueda citarse un solo filósofo que se haya dedicado por su celo por el bien público á la instrucción de los ignorantes. Jesucristo no dijo mas que una palabra: «*Id á enseñar á todas las naciones;*» desde este momento una multitud de personas de ambos sexos se han consagrado por religión á este penoso cuidado, y han escogido con preferencia á los hijos de los pobres. Avergonzados, filósofos, de haber osado suponer motivos odiosos en una caridad tan heroica. V. LETRAS, CIENCIAS, ESCUELAS, etc.

**Efesios.** No se sabe á punto fijo en qué año escribió S. Pablo su epístola á los *efesios*: algunos piensan que fué el año 29, otros en el de 62 ó 63, cuando el Apóstol estuvo segunda vez preso en Roma, y poco antes de su martirio: La primera opinion nos parece mejor fundada; el Apóstol trata de dar á cono-

cer a los *efesios* la extension y el precio de la redencion de Jesucristo y de su vocacion a la fe; los exhorta a que correspondan a estos beneficios con la pureza de costumbres, y describe los deberes particulares de los diferentes estados de la vida.

Es difícil aprobar el sentir del P. Hardouin, que piensa que los *efesios* no eran entonces mas que catecúmenos, y no habian recibido el bautismo. Esta suposicion no parece que pueda convenirse con lo que se dice de los ancianos de esta Iglesia, xx, 17, de los *Hechos apostólicos: Velad sobre vosotros y sobre el rebaño en que el Espíritu Santo os estableció obispos ó centinelas para gobernar la Iglesia de Dios*. No es probable que estos obispos estuviesen tan largo tiempo sin bautizar la mayor parte de su rebaño. El mismo P. Hardouin reconoce que S. Pablo habia permanecido tres años en *Efeso*; por lo mismo tuvo bastante tiempo para instruir aquellos nuevos fieles, y hacerlos capaces de recibir el bautismo. Entre las lecciones que les da el Apóstol, no hay nada que nos obligue a pensar que aun eran catecúmenos, y esta suposicion tampoco sirve de nada para aclarar la inteligencia de esta epistola.

**Efeso.** El concilio general de *Efeso* se celebró el año 431: en él fueron condenados Nestorio y su doctrina, y fué aprobado y confirmado el título de *Madre de Dios* que damos a la Virgen Maria. Es el tercer concilio general ó ecuménico.

Como los protestantes no pueden sufrir el culto que damos a Nuestra Señora, y como por otra parte el concilio general de *Efeso* parece haber reconocido auténticamente la jurisdiccion del romano pontífice sobre toda la Iglesia, formaron las mas graves acusaciones contra este concilio y contra la conducta de S. Cirilo de Alejandria, que en nombre del papa fué su presidente. Dicen que S. Cirilo, envidioso de los talentos y de la reputacion de Nestorio, patriarca de Constantinopla, procedió contra él por pasion y por capricho; que no quiso esperar á que llegase Juan de Antioquia y los obispos de su partido; que condenó á Nestorio sin oírle por una mera cuestion de palabras, y que su doctrina era por lo menos tan digna de ser condenada como la de su adversario. Para demostrar la falsedad de estas acusaciones, no se necesita mas que reunir algunos hechos indisputables sacados de las actas del concilio de *Efeso*, y cuyas pruebas se pueden ver en la *Hist. ecclés.* de Fleury, *lib. 27, n. 37 y sig.*, donde describe minuciosamente lo que pasó en esta asamblea.

1.º Las cartas del emperador para la convocacion del concilio fijaban su apertura para el 7 de junio del año 431, y la primera sesion no se celebró hasta el 22. Juan de Antioquia pudiera haber llegado, si hubiese querido, para el 8 de aquel mes, y no lo verificó hasta el 29, siete dias despues de la condenacion de Nestorio. Habia enviado dos obispos de su séquito, que llegaron á *Efeso* antes de principiarse el concilio, y manifestaron á S. Cirilo de parte de Juan de Antioquia, que su intencion no era que se difiriese la apertura del concilio por causa de su ausencia.

En realidad su presencia no era absolutamente necesaria para proceder juridicamente contra Nestorio, porque no tenia en *Efeso* mas autoridad que Juvenal, patriarca de Jerusalem, ni que S. Cirilo, patriarca de Alejandria, quien estaba presidiendo el concilio en nombre del papa S. Celestino. Habiendo llegado á *Efeso* Juan de Antioquia no quiso ver ni escuchar á los diputados del concilio: se rodeó de tropas, tuvo en su casa un conciliábulo, en el que decidió con cuarenta y tres obispos de su partido la absolucion de Nestorio y la condenacion de S. Cirilo, mientras que mas de doscientos obispos habian hecho lo contrario despues de un maduro exámen. Las cartas que escribió al emperador, dándole cuenta de su conducta, estaban llenas de falsedades y calumnias. Por lo mismo este patriarca estaba vendido á Nestorio, impregnado de su doctrina y decidido de antemano á violar lo mas sagrado de las leyes para hacerla adoptar.

2.º Es falso que Nestorio fuese condenado sin conocimiento de causa; hasta tres veces se le citó y no quiso comparecer; tomó una guardia militar, y no quiso ver á los diputados del concilio. Se leyeron sus escritos con exactitud, igualmente que los de S. Cirilo y los del papa Celestino, confrontándolos con los de los santos PP. Fueron oídos los obispos amigos de Nestorio que hubieran deseado poder justificarle, pero que confesaron que persistia en sus errores. Las cartas artificiosas que habia escrito al papa Celestino y al emperador demostraban su mala fe: el papa juzgó que debia condenarsele. Al momento que llegaron sus legados suscribieron la condenacion de Nestorio y todo lo que habia hecho el concilio: el pueblo mismo aplaudió el anatema pronunciado contra Nestorio, y fué confirmado despues por el concilio general de Calcedonia, año de 431. Nunca hubo doctrina que se examinase con mas cuidado, ni se condenara con mas conocimiento.

No se trataba de una simple disputa de pa-

labras, como afectaba publicar Nestorio, sino de la sustancia misma del misterio de la Encarnacion. Nestorio no queria que se dijese que el Verbo divino nació de una Virgen, padeció, murió, etc. Decia que murió y padeció Jesus, y no el Verbo; distinguía la persona de Jesus de la persona del Verbo, y por lo mismo no queria que la Virgen se llamase *Madre de Dios*, sino *Madre de Cristo*. Segun su sistema, no podia haber en Jesucristo una union sustancial entre su humanidad y divinidad, de donde resultaba que Jesucristo no era Dios rigorosamente hablando. Fácilmente se prueba que esta era su doctrina, leyendo los doce anatemas que él habia compuesto, y á los cuales S. Cirilo opuso otros doce contrarios. Véase Petavio, *Dogm. théol.*, tom. 4, l. 6, c. 17.

3.º Los partidarios de Nestorio reclamaban, aunque en vano, contra la doctrina de S. Cirilo, acusando á este santo Padre de haber errado. Conservamos aun la obra que Teodoro escribió contra los doce anatemas de S. Cirilo: se ve que este obispo, por otra parte muy sabio, pero amigo declarado de Nestorio, da un sentido torcido á las expresiones de san Cirilo, con ánimo de encontrar errores en ellas; la pasion sobresale por todos lados en esta obra. El mismo Teodoro lo llegó á reconocer, habiéndose reconciliado despues con S. Cirilo, y confesado que se habia dejado seducir por la amistad de Nestorio; lo mismo hizo Juan de Antioquia. ¿Qué pretexto puede haber ahora para renovar las acusaciones contra la ortodoxia de S. Cirilo, solemnemente reconocida por el concilio general de Calcedonia?

Declaman mucho tambien sobre los términos en que estaba concebida la sentencia del concilio, porque llevaba á la cabeza las siguientes palabras: *A Nestorio, nuevo Judas*; esto es una falsedad. Segun el testimonio de Evagrius, quien se precia de haberla copiado literalmente, decia: *Como el muy reverendo Nestorio no ha querido rendirse á nuestra invitacion, etc. Hist. ecclés.*, l. 1, c. 4.

Finalmente, á pesar de los poderosos amigos que Nestorio tenia en la corte, y de los artificios de que usó para previnir al emperador, este principe reconoció la justicia de su condenacion, le desterró y confinó en un monasterio. Lo que prueba la justicia del concilio de *Efeso* respecto al temor de las consecuencias que podrian resultar de la herejia de Nestorio, es que él perseveró en sus errores hasta la muerte, á pesar de los padecimientos de un rigoroso destierro y del ejemplo de todos sus mejores amigos, y que despues de mil

trescientos años aun dura su secta en el Oriente. V. NESTORIANISMO.

**Eficacia, Eficaz, V. GRACIA.**  
**EFICACIA DE LOS SACRAMENTOS. V. SACRAMENTO.**

**Efod.** Ornamento sacerdotal que se usaba entre los judios. Este nombre se deriva del hebreo *ophad*, vestir. El del sumo sacerdote era una especie de túnica ó muela muy rica; pero habia otras mas sencillas para los ministros inferiores.

Los comentaristas están divididos sobre la forma del *efod*: lo que dice Josefo es: El *efod* era una especie de túnica corta que tenia mangas; era un tejido con diversos colores y mezclado de cuatro dedos en cuadro, cubierta con el racional. Dos sardónicas encastradas en oro y fijas sobre los dos hombros servian como de broches para cerrar el *efod*: los nombres de los doce hijos de Jacob estaban grabados sobre las dos sardónicas en caracteres hebreos; sobre la del hombro derecho el nombre de los seis primeros, y sobre la del izquierdo el de los seis últimos. Filon le compara á una coraza ó armadura, y S. Jerónimo dice que era una especie de túnica semejante á los vestidos llamados *caracalla*: otros dicen que no tenia mangas, y que por atrás bajaba hasta los talones.

El *efod* comun á todos los que servian en el templo era de lino; de él se hace mencion en el lib. I de los *Reyes*, n. 18. El del sumo sacerdote era de oro, de jacinto, de púrpura, de carmesí y de lino finísimo; el pontífice no podia eger ninguna de las funciones anejas á su dignidad sin revestirse con este adorno. Se dice en el lib. II de los *Reyes*, vi, 44, que David iba delante del arca revestido con el *efod* de lino: de donde infirieron algunos autores que el *efod* era un vestido que usaban tambien los reyes en las ceremonias de mayor solemnidad.

Se lee en el libro de los *Jueces*, viii, 26, que Gedeon mandó hacer un magnífico *efod* con los despojos de los medianitas, y lo depositó en Ephra, lugar de su residencia; que despues abusaron de él los israelitas, haciéndole servir de adorno para los sacerdotes de los idolos, y que esta fué la causa de la ruina de Gedeon y de toda su familia. En orden á este hecho, unos piensan que Gedeon lo mandó hacer para castigar siempre preparado á consultar con Dios por el órgano del sumo sacerdote, lo cual no estaba prohibido por la ley. Otros dicen que el *efod* solo era un vestido de distincion, del cual podia usar Gedeon en calidad de juez y primer magistrado de su pue-

Mo, singularmente en las asambleas y funciones de su cargo; pero que sus descendientes abusaron de él malamente. Los paganos podían también tener adornos muy parecidos al *efod*: parece, por Isaias, que revestían á los falsos dioses con una especie de *efod*, tal vez cuando se quería conseguir de ellos algún oráculo.

En el primer libro de los *Reyes*, xxx, 7, hay un pasaje que ejerció la pluma de los comentaristas. Se dice allí, que queriendo David consultar al Señor, para saber si debía perseguir á los amalecitas, dijo al sumo sacerdote Abiatar: *aplicame el efod*, y que fué obedecido: se pregunta si David se puso este ornamento para consultar al Señor. Esto no es probable, porque no era lícito usarle sino al sumo sacerdote, porque era una señal de su dignidad. Por lo mismo, el citado pasaje significa solamente que David pidió al sumo sacerdote un *efod* de lino ordinario, con el objeto de estar en hábito decente para consultar al Señor, ó que suplicó al sumo sacerdote, revestido con el *efod*, que se aproximase á él, para que pudiese distinguir con mas facilidad la respuesta del oráculo.

**Efren (San)**, Diácono de Edesa en Mesopotamia, nacido de una familia de mártires: fué célebre en el siglo IV, escribió mucho, y fué muy estimado de S. Basilio y de S. Gregorio de Nisa. Como no había usado el griego, sin embargo de entenderle tan bien como el hebreo, sus obras están en siríaco, aunque algunas se tradujeron al griego. La edición mas completa de estas es la de Roma, año 1732 y 1743, publicada por el cardenal Querini y del sabio José Assemani, 6 tomos en folio. Contiene el texto siríaco y una traducción latina.

Hasta los protestantes hicieron grandes elogios de S. Efren y de sus obras. Algunos se empeñaron en encontrar en ellas su sentir respecto á la gracia y á la Eucaristía; pero se conoce con evidencia que violentaron sus palabras, y sacaron de ellas consecuencias forzadas: el texto original reclama sus interpretaciones.

**Egipcios, Egipto.** \* [Para convencer de error al autor del Génesis, la filosofía del siglo XVIII no se ha autorizado de oponerle la cronología egipcia que da á esta nación una antigüedad que excede á todo cálculo.

Tiene por autores á dos historiadores posteriores en mas de diez siglos á Moisés, al sacerdote Manethon y á Herodoto. Al mismo tiempo que se jactan de haber bebido en las mismas fuentes, se contradicen en la diferencia de mas de siete mil años: además su his-

toria está llena de tantas fábulas, de tantas narraciones mitológicas, que no merecen casi ninguna confianza respecto á los hechos que hacen subir mas de cinco ó seis siglos antes de nuestra era. En efecto, ¿de qué confianza son dignos unos historiadores que refieren seriamente que en Egipto existía una organización política despues de 36.525 años, de los cuales 30,000 los asignaban al reinado del Sol, y 4,000 al reinado de los semidioses?

Así Diodoro de Sicilia, Polyfates y otros historiadores profanos nos aseguran, que los egipcios no cuentan mas que fábulas; y para disculparlos añaden, que al principio el año egipcio no tenía mas que un mes, siguiendo el curso de la luna. Censorino, sabio cronologista, dice que antiguamente el año egipcio no tenía mas que dos meses, y que el rey Pison le dió cuatro por de pronto, acabando por fijarle en doce. Sea lo que quiera de estas explicaciones, la discordancia que reina entre los historiadores profanos sobre la antigüedad del Egipto prueba claramente, que su testimonio es una mentira ó por lo menos un error, y de consiguiente que no podrán obtener ninguna confianza en materia de cronología.

Vencidos los defensores de Manethon por esta parte, se habían atrincherado tras los antiguos monumentos, cuyas ruinas cubren el suelo del Egipto, y de ellas deducían la antigüedad de la nación que los había erigido; aun de estos apelaban á los restos astronómicos de los egipcios, y sobre todo á sus inscripciones jeroglíficas, que mostraban con un aire de triunfo como caracteres misteriosos trazados por una mano invisible sobre sus muros. Pero los templos del Egipto han respondido, en fin, á este llamamiento con un lenguaje bastante inteligible, para confundir para siempre á la incredulidad. Young y Champollion, véase Genocriticos, han llegado á descifrar los misteriosos enigmas, y la cronología de Moisés ha quedado victoriosa. \* Mis descubrimientos, dice Champollion, según los datos muy auténticos de las inscripciones reales del Egipto, han dado por resultado capital que ningun monumento conocido de este país sube mas allá de la décima sexta dinastía egipcia de Manethon.

Así la historia del Egipto por sus monumentos no se extiende mas arriba del siglo XXIII anterior á nuestra era. En cuanto á la numerosa lista de reyes que reinaron antes de la décima sexta dinastía, Champollion, y con él muchos otros, han demostrado que Manethon da los nombres de los reyes que reinaron al mismo tiempo en diversas comarcas del Egipto, si aun no es que estas nomenclaturas

sean exageradas y fabulosas. El mismo sabio ha hecho igualmente justicia á los famosos zodiacos de Henné y de Denderah, véase \* Zoótico, demostrando que no eran mas que signos astronómicos de horoscopo, cuya confección no se remontaba mas allá del reinado de los emperadores romanos.

Concluylamos que la cronología de Moisés no tiene nada que temer de las pretensiones de los egipcios sobre una antigüedad.]

Lo que únicamente interesa saber á un teólogo respecto á este pueblo, es cuál fué su religión primitiva, qué alteraciones sufrió, quiénes eran sus dioses y su creencia, y cual fué en él la suerte del cristianismo.

Parece cierto que la primera religión del Egipto fué el culto del verdadero Dios. Cuando Abraham llegó allí, se dicen la Escritura que Dios castigó á Faraon por haberle quitado á Sara, y que este rey se la devolvió á su esposo. *Gen.*, xii, 17 y 19. Luego supo que Dios le castigaba. Cuando José apareció ante otro Faraon y le explicó sus sueños, reconoció este príncipe que aquel jóven estaba lleno del espíritu de Dios que le revelaba las cosas futuras. *Gen.*, xli, 38. Casi doscientos años despues, cuando se dió la orden á los egipcios para matar á todos los niños varones, hijos de los hebreos, se dice que las prudentes mujeres egipcias temieron á Dios, y no ejecutaron este cruel mandato. *Exod.*, i, 17. A vista de los milagros de Moisés, dicen los magos: *El dedo de Dios está aqui*; y Faraon: *El Señor es justo, mi pueblo y yo somos impios.* *Exod.*, viii, 19; 9, 27. Estando á punto de perecer en el mar Rojo, gritan los egipcios: *¡Ayudanos de los israelitas; el Señor combate por ellos contra nosotros*, xiv, 25.

Sin embargo, los egipcios eran ya entonces politeístas, porque dijo Dios á Moisés: *Yo ejerceré mis juicios sobre los dioses del Egipto*, xii, 12; pero este error no extinguió todavía enteramente en el Egipto la idea del verdadero Dios. La misma verdad se confirma por los autores profanos. Plutarco, de *Iside et Osiride*, c. 10; Sinesio, *Calit. Encom.*; Jambluco, de *Myst. Egypt.*; Eusebio, *Prepar. evang.*, l. 3, c. 11.

No podemos adoptar la opinion de los que pensaron que el único Dios de los antiguos egipcios era el alma del mundo, como enseñaban los estoicos: el alma del mundo es un delirio de la filosofía, no conocido aun en los tiempos de Abraham y Moisés. ¿Por qué no habian de haber conservado los egipcios por largo tiempo la creencia de un solo Dios criador, que llevaron al Egipto los hijos de Noé?

Parece también que el politeísmo principió

en Egipto, como en todas partes, porque supusieron que todas las cosas de la naturaleza estaban animadas por inteligencias ó genios cuyo poder era superior al de los hombres, y que tenían el oficio de dispensadores de los bienes y males de este mundo. Los pueblos, por interes y por temor, dieron culto á estos pretendidos dioses, é insensiblemente fueron olvidándose del Dios verdadero. Véase Pacasismo. Este culto supersticioso no podía tener ninguna relacion con el verdadero Dios, puesto que hizo olvidarle y desconocerle: así muchos filósofos sostuvieron que no debía hacerse ninguna ofrenda al verdadero Dios, ni dirigirse á él por una necesidad, sino absolutamente á los dioses secundarios. Porfirio, de *Abstin.*, lib. 2, n. 34, 37 y 38.

Al punto que la imaginación de los hombres colocó los espíritus é inteligencias obrando todas las partes de la naturaleza, las fijo también, sin que tenga nada de extraño, en los animales: su instinto, sus operaciones y su industria son un misterio que excita á cada paso nuestra admiración. Los griegos y romanos les atribuyeron espíritu profético: algunos filósofos sostuvieron con seriedad que los animales son de una naturaleza superior á la nuestra, y que están en relacion mas estrecha que nosotros con la Divinidad. Orígenes contra *Cels.*, lib. 4, n. 88. Por lo mismo, no es extraño que los egipcios hubiesen dado culto á muchos animales cuyo instinto admiraban, de quienes sacaban utilidades y servicios, ó los creían animados por un genio, y tenían excitar su ira. Se observa que honraban principalmente á los animales purificadores del Egipto, y que los consultaban con gravedad para saber de ellos el porvenir.

Por lo mismo dieron también culto á ciertas plantas en que reconocían algunas virtudes particulares. Tal es la *seila* ó cebolla marina, por sus propiedades. No debemos sorprendernos mas de ver á los egipcios colocar una divinidad en una planta, que de ver á los romanos honrar una ninfa en una fuente, ó consultar con la mayor gravedad á los pollos sagrados. Cuando los bellos ingenios de Roma se divertían á expensas de los egipcios, no veían que sus propias supersticiones eran exactamente las mismas.

Con una religión tan monstruosa no podía haber costumbres puras entre los egipcios; y así vemos que eran sumamente corrompidos. Los filósofos modernos, por no haber sabido desentrañar el primer origen del politeísmo y de la idolatría, nada comprendieron respecto á la religión de los egipcios, igualmente que los sabios de la antigüedad; pero la Sagrada

Escritura nos muestra con claridad el origen y los progresos del error. V. PAGANISMO, § 1.

No se puede dudar que los egipcios creían la inmortalidad del alma y la resurrección de la carne: de esta creencia vino el uso perenne que tenían los egipcios de embalsamar los cuerpos de los difuntos. Parece cierto que las bóvedas construidas en lo interior de las pirámides estaban destinadas para sepulcro de los reyes. Este dogma importante fué la creencia del género humano en todos los siglos.

Si los sabios críticos protestantes, como Cudworth, Mosheim y Brucker, que trataron muy extensamente de la teología de los egipcios, hubieran fijado mas su atención en lo que dice la Sagrada Escritura, singularmente el libro de la Sabiduría, c. 12, 13 y 14, tal vez hubieran percibido mas claridad en este caso, y hubiesen sido mas satisfactorias sus indagaciones; pero como no quieren recibir este libro por canónico, procuran no darle autoridad alguna. Sin embargo, el autor de este libro vivió mucho tiempo antes de los escritores profanos que citaron nuevos críticos; era muy instruido, y acaso escribió en el mismo *Egipto*, por lo cual su testimonio nos parece de mayor peso que ningún otro. No supone, como estos críticos, que los primeros dioses de los politeístas fueron hombres deificados, sino los astros y los elementos; y nunca los hombres les hubieran dado culto si no los creyesen animados.

Pensamos, como Mosheim, 1.º: Que sobrevino el cambio de religion de este pueblo por las diferentes revoluciones que ha sufrido. Vemos por la Sagrada Escritura que, después de haber adorado un solo Dios, llegaron los egipcios á ser politeístas; que después de haber principiado la idolatría por el culto de los astros, de los elementos y de las diferentes partes de la naturaleza, ó mas bien de los genios, porque las creían animadas, llegaron al extremo de incensar á los hombres después de su muerte, y aun honrar á los animales. Sabemos tambien por los autores profanos que los sacerdotes egipcios trataron después de paliar con alegorías y sistemas filosóficos el absurdo de este culto insensato, y que nada han conseguido sino embrollar su mitología.

2.º Que la creencia y el culto no eran absolutamente iguales en los diversos cantones del *Egipto*, porque en el paganismo no habia ninguna regla general y cierta con la cual estuviese obligada á conformarse una nación entera. En la Grecia, cada ciudad tenia sus tradiciones y sus fábulas particulares: según el privilegio de todos los filósofos, los sabios de

*Egipto* discurrieron y deliraron cada uno según su capricho. De aquí provino la variedad de relaciones que en su narración nos dejaron los griegos que en diferentes tiempos fueron á aquel país á conocer sus ideas y costumbres.

3.º Que es preciso distinguir la creencia antigua y popular de los egipcios y las explicaciones y comentarios que compusieron los sacerdotes de este país para disfrazar sus absurdos, y se les honra sobradamente suponiendo que ocultaron con velos alegóricos conocimientos profundos y reflexiones importantes: pero queriendo subir mas arriba sin consultar á la Sagrada Escritura, solo pueden formarse algunas conjeturas que de nada sirven.

Por la misma razon tampoco creemos que estos sacerdotes, por interes político y por hacerse mas respetables, hubiesen ocultado de intento con sus jeroglíficos los secretos de su mitología: es una sospecha sin fundamento y sin la mas mínima probabilidad. En primer lugar, supone que la idolatría y las fábulas egipcias debieron su origen á la invención de los sacerdotes, siendo así que fueron un resultado de la estupidez de los pueblos. Puesto que en todos los países del mundo, hasta entre los negros, lapones y salvajes, encontramos las ideas que hicieron brotar el politeísmo y la idolatría, ¿por qué se quiere que tuviesen otro origen en *Egipto*? En segundo lugar, los filósofos griegos tambien recurrieron á los misterios y alegorías para dar una apariencia de razon á la mitología griega: ¿les atribuiremos el mismo interes y los mismos motivos que á los sacerdotes de *Egipto*? En tercer lugar, es ridiculo atribuir á un artificio lo que fué claramente obra de la necesidad. Antes de la invención de la escritura alfabética no se podían pintar los objetos sino con símbolos y figuras; de este medio usan los salvajes, y del mismo usaron los antiguos egipcios: después de la invención de las letras tuvieron menos uso los antiguos jeroglíficos, y se olvidó la significacion de muchos; y aun cuando los sabios tratasen de explicarlos con la mas sana intencion, solo podrian darles un sentido enteramente arbitrario.

Aun se equivocan mucho mas algunos incredúlos, que dicen que Moisés, cuando dió á los judíos leyes y ceremonias, no hizo mas que copiar el ritual de los egipcios. Lo cierto es que mas bien se dedicó á contradecirlos y á separarlos su nacion de los ritos de *Egipto*, lo cual se ve en muchas de sus leyes. Por otra parte, los autores profanos que hablaron de las supersticiones de *Egipto* vivieron mas de

mil doscientos años después Moisés; y cómo habrán de saber estos los ritos y costumbres de *Egipto* en tiempo de aquel legislador?

En el profeta Ezequiel, xxx, 13, tenemos una célebre predicción relativa al *Egipto*, cumplida exactamente desde mas de dos mil años: *Yo exterminaré, dice el Señor, las estatuas, y aniquilaré los ídolos de Menfis: en adelante no habrá en Egipto mas príncipe que sea de este país.* En efecto, poco después de esta profecía los reyes de Babilonia, y después los de Persia, verificaron la conquista del *Egipto*, que no tenia reyes de la dinastía natural del país mucho antes de la conquista por Alejandro. De Cleopatra, heredera de los macedonios, pasó á los romanos y sucesivamente á los partos, sarracenos y turcos, de quienes aun en el día es tributario. ¿Se hallará sobre la tierra un país tan precioso que se encuentre por espacio de dos mil años sujeto á una dominación extranjera, y al que se le hubiese profetizado este destino?

El *Egipto* se convirtió al cristianismo bastante pronto, porque se tiene por indudable que S. Marcos, enviado por S. Pedro, fundó la Iglesia de Alejandría el año 49 de Jesucristo; y que propagó el Evangelio, no solo en el resto del *Egipto*, sino tambien en la Libia, la Numidia y la Mauritania, bien por sí mismo, ó bien por predicadores que envió á estos diferentes países. Los PP. de la Iglesia, como S. Atanasio, S. Cirilo de Jerusalem, S. Crisóstomo, S. Eusebio y otros, se persuadieron que este extraño progreso del Evangelio en *Egipto* fué efecto de las bendiciones que sobre el derramó Jesucristo cuando huyó á este país en su infancia; citaré con este motivo la profecía de Isaías, que en el c. xix, v. 1, dice: *El Señor entrará en Egipto, y á su presencia se harán pedruzcos todos sus ídolos.* Notan el gran número de mártires, vírgenes y solitarios que hicieron célebre la Iglesia de *Egipto*. No es extraño que la silla de Alejandría llegase á ser uno de los cuatro patriarcados de Oriente: su jurisdicción era muy extensa, porque comprendia, además del *Egipto* y la Etiopía, una gran parte de las costas del Africa.

El cristianismo subsistió allí en su pureza hasta mediados del siglo V, pues no parece que el arrianismo, aunque nacido de Alejandría, hizo progresos en *Egipto*. Pero en el año 449, Dioscoro, patriarca de Alejandría, prelado ambicioso y violento, que tenia mucho crédito en su patriarcado, dió en los errores de Eutiques, tomó á este hereje bajo su protección, llegando su osadía al extremo de pronunciar anatemas contra el papa S. Leon. Aunque condenado y depuesto en el concilio

de Calcedonia, año de 451, persistió en los errores, y murió desterrado. La mayor parte de los obispos de *Egipto* le permanecieron fieles, y eligieron otro patriarca, que le sucedió: desde esta época se separó el *Egipto* de la Iglesia católica, y perseveró en la herejía de Eutiques, cuyos partidarios se llamaron *jacobitas*.

En el siglo VII, cuando los mahometanos se presentaron para conquistar el *Egipto*, los jacobitas quisieron mas sujetarse á los musulmanes que á los emperadores de Constantinopla; y por el favor que prestaron á los conquistadores, les permitieron tener el libre ejercicio de su religion. Pero han tenido bastante tiempo para expiar este crimen, por las continuas vejaciones que han sufrido por parte de estos feroces señores. Dicen que en el día estan reducidos á lo mas al número de quince mil, y son conocidos con el título de *cophitos*. Véase este artículo.

EGIPCIOS (Evangelio de, ó según los Egipcios). Es uno de los evangelios apócrifos que corrieron entre los herejes del siglo II. Hablan de él S. Clemente de Alejandría, Orígenes, S. Epifanio, S. Jerónimo y otros PP., aunque lo que dicen acerca de esto se reduce á poco. Orígenes indica que es un Evangelio de los herejes; S. Epifanio que se servian de él los valentinianos y sabelianos; S. Clemente de Alejandría cita de este Evangelio un pasaje y trata de darle un sentido ortodoxo. *Ström.*, l. 3, *nim.* 13, p. 332. A esto se reduce todo lo que de él sabemos.

Pensaron algunos que este Evangelio era muy antiguo, aunque se escribió antes del de S. Lucas: esta era la opinion de S. Jerónimo. *Promm. Comment. in Mat.*, pero no hay de ello ninguna prueba. Muchos críticos modernos creyeron que este Evangelio de los egipcios habia sido citado por S. Clemente de Roma, *Epist.* 2.º, *nim.* 12, y nos parece que se han engañado. 1.º Las palabras de Jesucristo citadas por el papa S. Clemente no están conformes con las que S. Clemente de Alejandría leyó en el *Evangelio* de los egipcios: en este último hay una interpolación que provino evidentemente de los herejes doctos, quienes condenaban el matrimonio, y aprobaban la impureza; doctrina expresamente contraria á la del papa S. Clemente. 2.º El *Evangelio* de los egipcios era citado por Julio Casiano, jefe de los doctos, para apoyar sus errores. Do lo cual se infiere que este Evangelio fué favorecido. No principiará á aparecer los doctos hasta fines del siglo II, y S. Clemente de Roma escribió cien años antes. Es muy extraño

que los críticos no hiciesen esta observación, y que involuntariamente diesen lugar á algunos incrédulos á sostener que los evangelios apócrifos fueron citados por los Padres apóstólicos, y que son tan antiguos como nuestros Evangelios.

**Eicetas.** Hérojes del siglo VII que profesaban la vida monástica, y creían que no podían honrar á Dios mejor que ejercitándose en el baile. Se fundaban en el ejemplo de los israelitas que, después del paso del mar Rojo, manifestaron á Dios su reconocimiento por medio de cánticos y bailes.

**Ejército del cielo.** V. ASTROS.

**Elcesaitas ó Helcesaitas.** Hérojes del siglo II que aparecieron en la Arabia, en las cercanías de Palestina. *Elcesai* ó *Elxai*, su jefe, vivía en tiempo de Trajano y era judío de nación, aunque no observaba la ley judaica. Se daba por inspirado, no admitía mas que una parte del antiguo y nuevo Testamento, y precisaba á sus sectarios á contraer matrimonio. Sostenía que se podía ceder á la persecucion, disimular su fe y adorar los ídolos sin pecado, con tal que no consistiese en ello el corazón. Decía que Cristo era un gran rey; pero no se sabe si por el nombre de *Cristo* entendía á Jesucristo ú otro personaje. Condenaba los sacrificios, el fuego sagrado, los altares y la costumbre de comer la carne de las víctimas, sosteniendo que todo esto no estaba mandado por la ley, ni autorizado por el ejemplo de los patriarcas. Algunos dicen, sin embargo, que sus discípulos se unieron á los ebionitas, y sostenían la necesidad de la circuncision y de las ceremonias judaicas. *Elxai* atribuía al Espíritu Santo el sexo femenino, porque la palabra *rouach*, espíritu, es femenina en hebreo. También enseñaba á sus discípulos oraciones, fórmulas y juramentos absurdos.

S. Epifanio, Eusebio y Orígenes hablan de los *elcesaitas*: el 4.º los llama tambien *samo-seanos* de la palabra hebrea *sames* ó *sches-mech*, que significa el sol; mas no parece que estos hérojes hubiesen adorado á este planeta. Otros los llamaron *osseanos* y *osentianos*; sin embargo no se deben confundir con los *esse-nios*, como lo hizo Escaligero.

Se conoce por qué los santos Padres del siglo II clogiaron tanto el martirio, la continencia, la virginidad, sentando sobre esta materia algunas máximas que en el día parecen exageradas. Todo era necesario para prevenir á los fieles contra los horrores de los *elcesaitas* y otros hérojes. Fleury, t. 3, n. 2; l. 6, n. 21.

**Eleccion de Dios.** Según los monumentos de la revelacion, escogió á Abraham

para darse á conocer á él mas perfectamente que á los demás hombres; escogió la posteridad de este patriarca para hacer de él su pueblo particular; nos escogió á nosotros mismos para hacernos por el bautismo sus hijos adoptivos. ¿Será esta *eleccion* de parte de Dios un rasgo de parcialidad, una ciega predileccion, una injusticia, como lo pretenden los incrédulos?

Pudiera decirse que si, si la gracia que Dios hizo á Abraham hubiese derogado en algun modo las que concedía á los demás hombres; si adoptando á los israelitas, hubiese abandonado absolutamente á los otros pueblos; si las gracias de que se han dignado colmarnos, disminuyesen la medida de las que quiere repartir á los infieles: mas ¿quién ha osado jamás escribir ó pensar semejante cosa? Dios, Señor absoluto de sus dones, sea en el orden de la naturaleza, sea en el de la gracia, puede sin injusticia distribuirlos con la desigualdad que bien le parezca. Un infiel que ha recibido menos gracias que un cristiano no tiene mas derecho á quejarse, que el que tiene un hombre desgraciado para acusar á Dios, porque haya dado á otro un alma mas bella, un entendimiento mas penetrante, un corazón mas noble, etc. Una y otra especie de beneficios son absolutamente gratuitos.

La justicia de Dios está á cubierto de toda censura, porque á nadie pide cuenta mas que de lo que ha recibido; su bondad está siempre justificada, puesto que no hay criatura alguna á quien no haya hecho mas ó menos bienes. La sabiduría divina brilla en esta conducta, pues por esta misma diversidad conduce todas las cosas á sus fines. Si los hombres fuesen todos iguales, si todos estuviesen dotados de las mismas cualidades, si todos fuesen favorecidos de las mismas ventajas, no habria entre ellos ni dependencia, ni necesidades mutuas, en una palabra, ni sociedad: la perfecta igualdad que exigen los incrédulos no es en realidad mas que un absurdo.

La objecion, pues, de los deístas contra la revelacion, contra la dispensacion de las gracias sobrenaturales, es justamente la misma que la de los ateos contra la conducta de la Providencia en la distribucion de los dones de la naturaleza; unos y otros se forman una idea falsa de la bondad, de la justicia y de la sabiduría de Dios, y ni siquiera á sí mismos se entienden. Ellos preguntan: ¿por qué Dios es llamado en la Escritura Sagrada *el Dios de Israel*, *el Dios de Abraham*, *de Isaac* y *de Jacob*? ¿Por ventura no es el Dios de todos los pueblos y de todos los hombres? Sin duda

que él es su criador, su bienhechor, su soberano Señor, mas no todos le han reconocido como tal, puesto que la mayor parte han adorado dioses que ellos mismos habian forjado. Abraham y sus descendientes mejor instruidos no tributaron sus homenajes mas que al Dios verdadero: ha sido, pues, su Dios por preferencia, y en el mismo sentido lo es aun de los cristianos, porque nosotros no conocemos otro.

Lo que importa, pues, saber es si Dios da á todos los hombres los medios de conocerle, y si dependió no de la voluntad de estos el adorarle: mas la Escritura nos asegura que Dios se ha revelado y manifestado á todos los hombres por las obras de la creacion, por las luces de la razon, por las lecciones de sus primeros padres, por el testimonio de la conciencia, por los beneficios que los ha dispensado y castigos que les ha impuesto. Los incrédulos verran, pues, en suponer que Dios ha desamparado, abandonado y desconocido á ninguna de sus criaturas. V. DESIGUALDAD, BENEFICIOS DE DIOS, JUSTICIA DE DIOS, ETC.

**ELECCION DE LOS MINISTROS DE LA IGLESIA.** En los cuatro primeros siglos eran regularmente elegidos los obispos por el clero inferior y el pueblo de sus obispados, y pocos hubo que no llegasen al episcopado por medio de la *eleccion*. Es preciso sin embargo no persuadirse que este medio fué indispensable, y que sin él la ordenacion hubiera sido ilegítima. Hubo muchos casos en que no podia verificarse la *eleccion* del pueblo, y en estos elegian por sí mismos el metropolitano y los sufragáneos sin consultar con nadie. 1.º Cuando era preciso enviar un obispo á los pueblos que aun no estaban convertidos: de este modo fueron los primeros obispos elegidos y ordenados por los apóstoles. 2.º Cuando los fieles de una Iglesia caian en la herejía ó en el cisma, no se les consultaba para darles un obispo ortodoxo. 3.º Cuando se dividian en partidos y no se convenian en la *eleccion* de un sugeto, ó cuando el que ellos preferian no parecia conveniente á los obispos y metropolitanos. 4.º En este mismo caso interponían los emperadores su autoridad designando el que debía ordenarse. 5.º Alguna vez se obligó tambien al pueblo á elegir uno de tres sugetos que se le proponian. 6.º El emperador Justiniano por sus leyes destinó solo las personas mas considerables de la ciudad episcopal para el voto en las *elecciones*, con exclusion del pueblo.

En seguida, cuando se desmembró el imperio por los conquistadores del Norte, estos nuevos soberanos quisieron tener parte en

la *eleccion* de los obispos, y los que habian dotado las iglesias se atribuyeron el derecho de patronato. Como los obispos adquirieron mucha autoridad en el gobierno, parecia natural que el soberano los eligiese, puesto que habian de ser los depositarios de su confianza, y cuando los obispos llegaron á poseer fondos, llegó esto á ser mas necesario.

Si consultamos la historia, vemos que no hay motivo para echar de menos las *elecciones*: la del pueblo no siempre fué sabia, antes bien dió lugar al soborno, á los tumultos y á las sediciones. Para prevenir todos estos males, se mantuvieron mucho tiempo los papas en posesion de nombrar los obispos, y conservaron el derecho de confirmar la *eleccion* de los soberanos. Es justo que el jefe de la Iglesia tenga una gran parte en la *eleccion* de los prelados que deben gobernarla. V. Bingham, *Orig. ecclési.*, l. 4, c. 3, t. 2, p. 108.

Como los protestantes quisieron persuadir que la autoridad que gozan los prelados de la Iglesia es una usurpacion, imaginaron que en el primer siglo se hacia por votacion del pueblo el nombramiento de todos los ministros de la Iglesia. Mosheim se empeña en que S. Matias fué elegido en esta forma para reemplazar á Judas en el apostolado, igualmente que los siete diáconos, y que lo mismo se hacia respecto á los presbíteros. *Hist. crist.*, sac. 4, § 44 y 39. En su lugar probaremos que trató de engañar en esta materia, y que solo el espíritu de partido y el interes de sistema le dictaron sus conjeturas. V. S. MATIAS, DIÁCONO, OMSPO, ETC.

**Electo ó Elegido.** V. ESCOGIDO.

**Elevacion.** Parte de la misa en que el sacerdote eleva la hostia y después el cáliz consagrado, á fin de que el pueblo adore el cuerpo y sangre de Jesucristo, después de haberlos adorado él mismo por medio de una genuflexion profunda. Esta ceremonia no se introdujo en la Iglesia latina hasta principios del siglo XII, después de la herejía de Berengario, para profesar de una manera visible y clara la presencia real y la transustanciacion, cuyos dogmas atacó este herejiarca. De aquí han pretendido sacar los protestantes que hasta entonces no se adoraba la Eucaristia; que el dogma de la presencia real y de la transustanciacion no principió á establecerse hasta fines del siglo XI, alegando por única prueba que la *elevacion* de la hostia después de la consagracion no se usa entre los griegos ni entre las demás sectas de cristianos orientales. Pero se los hizo ver: 1.º que los PP. de la Iglesia del siglo III y IV habian expresamente

de la adoración de la Eucaristía. Orígenes, *Hom. 13 in Exod.*, dice que se deben reverenciar las palabras de Jesucristo como la Eucaristía, es decir, como al mismo Jesucristo. S. Juan Crisostomo, *Hom. 61, ad pop. Antioch.*, dice á los fieles: «Considerad la mesa del rey en la que sirven los ángeles; allí está el rey presente: si vuestras disposiciones son puras, adorad y comulgad.» S. Ambrosio asegura que adoramos en los misterios la carne de Jesucristo que adoraron los apóstoles. *De Spiritu Sancto*, l. 5, c. 11. Según S. Agustín, *in Ps. 68*, nadie come esta carne sin haberla adorado antes. En el mismo sentido se explican san Cirilo de Jerusalén y Teodoro. Si no hubiesen creído que Jesucristo está verdadera y corporalmente presente sobre el altar, juzgarían como los protestantes que la adoración de la Eucaristía es una superstición y un acto de idolatría.

Los protestantes se han engañado ó han tenido ánimo de engañar, cuando han asegurado que esta adoración no está en uso entre los orientales: se les prueba lo contrario ya por las liturgias de los griegos, cophtos, etíopes, sirios y nestorianos, ya por el testimonio expreso de los escritores de estas diferentes sectas. *Perpétuité de la Foi*, t. 3, l. 3, c. 3, etc. Le Brun, *Explication des Cérémonies de la messe*, t. 2, p. 463.

Verdaderamente la elevación de la Eucaristía no la hacen ellos como en la Iglesia latina inmediatamente después de la consagración, sino antes de la comunión: el sacerdote ó el diácono, al tiempo de elevar los dones consagrados, dirige al pueblo las siguientes palabras: *Las cosas santas son para los santos; sancta sanctis*; y entonces el pueblo se inclina ó se prosterna para adorar la Eucaristía. Estas varias sectas no tomaron este uso de la Iglesia romana, de la cual se separaron hace ya mas de mil doscientos años. En muchas de sus liturgias precede á la administración de la Eucaristía una confesión de fe sobre la presencia real.

Bingham y otros protestantes han replicado que cuando los PP. hablan de adorar la carne de Jesucristo, entienden que se debe adorar en el cielo y no sobre el altar; pero los pasajes que acabamos de citar prueban lo contrario, porque en ellos se trata de Jesucristo presente, de su carne que se recibe y de la misma Eucaristía.

Dicen que los testimonios de respeto, de culto y de veneración no son siempre un signo de adoración ó de culto supremo. Pero estos teólogos no están de acuerdo consigo mismos. Cuando hacemos esta reflexión para

justificar el culto que damos á los santos y reliquias, la desprecian altamente; sostienen que el culto religioso se debe dirigir á solo Dios, y según ellos todo culto tributado á los símbolos eucarísticos sería supersticioso y criminal. Solo puede ser legítimo en cuanto se cree que bajo estos símbolos está realmente Jesucristo.

Para evitar las consecuencias que sacamos del testimonio de los PP., alegan otros, en que parece que no admiten ninguna mutación real en los dones consagrados, sino solamente un cambio místico, como el que se hace en el agua de bautismo, en el santo crisma ó en un altar por su consagración. De lo cual infieren que cuando los PP. hablan de adorar la Eucaristía, no pudieron entender la palabra adorar de una adoración propia y rigurosa. Bingham, t. 43, c. 5, § 4, l. 6, p. 421.

Pero los PP. nunca dijeron que el agua del bautismo y el santo crisma son el Espíritu Santo, así como dijeron que el pan y el vino consagrados son el cuerpo y sangre de Jesucristo: no mandaron á los fieles adorar el agua, el crisma, ni un altar consagrado. En la palabra EUCARISTÍA, haremos ver que los PP. creyeron la presencia real de Jesucristo en el altar después de la consagración, igualmente que en el cielo. Las oraciones y signos de adoración se dirigen en todas las liturgias á Jesucristo como presente. Luego los PP., autores de nuestras liturgias, ó que por lo menos las usaron, hablan de una adoración propia y rigurosa ó de un culto supremo. Así que cuando los PP. parece que suponen que no se cambia la naturaleza ó sustancia del pan y vino de la Eucaristía, entendieron por las palabras *naturaleza ó sustancia* las cualidades sensibles de pan y vino; porque cuando se trata de los cuerpos, no podemos concebir ni explicar lo que es su *naturaleza ó sustancia* distinta de sus cualidades sensibles.

Si comparamos las oraciones de la Iglesia para consagrar el agua del bautismo, el santo crisma y los altares, veremos que son muy diferentes de las que usa para consagrar la Eucaristía: por las primeras, se pide á Dios que haga bajar á las fuentes bautismales la *virtud del Espíritu Santo*, para regenerar las almas, etc. Por las de la Eucaristía, se pide á Dios que en virtud de la consagración lleguen el pan y el vino á convertirse en cuerpo y sangre de Jesucristo. Sobre este punto esencial ninguna diferencia se nota en las liturgias; todas se explican del mismo modo. Su antigüedad llega hasta los primeros siglos, y su testimonio no es el de uno ó dos autores, sino la voz de toda la Iglesia uni-

versal. Todas hacen mención de una elevación, de los símbolos y de una adoración; luego todas nos atestiguan la presencia real y sustancial de Jesucristo. V. LITURGIA.

El principio conservó Lutero en la misa la elevación y adoración de los símbolos eucarísticos, porque creyó siempre la presencia real: después las suprimió, por cuanto refulgía la transustanciación, y lo mismo hizo Calostado. En cuanto á Calvino y sus discípulos, reprobaron constantemente la elevación y adoración de la Eucaristía, porque no creían en ella la presencia real de Jesucristo. Al momento que pasa el acto de la comunión, no miran los restos del pan que han servido en ella sino como pan común y ordinario. Al contrario, en todas las sociedades cristianas se tomaron siempre las mayores precauciones para evitar la profanación de estos restos. La costumbre general de conservar la Eucaristía, de llevarla á los ausentes y enfermos y respetarla aun fuera de su uso, demuestra hasta la evidencia que ninguna sociedad cristiana pensó nunca como los protestantes. Véase EUCARISTÍA, § 4.

Elias. Profeta que vivió en tiempo de Achab, rey de Israel, y de Josafat, rey de Judá. Como fué suscitado por Dios para reprender en el primero su idolatría y todos los demás crímenes, y anunciarle el castigo del Señor, muchos incrédulos trataron de pintar á este profeta como un hombre cruel, vengativo y sedicioso, atribuyendo á su mal carácter las calamidades que anunció y que efectivamente sucedieron. Pero la mayor parte eran plagas de la naturaleza, y por lo mismo no podría el profeta verificarlas sin milagro. ¿Se sirvió Dios de un malvado para obrar prodigios sobrenaturales?

Anunció Elias tres años de sequedad, y el suceso confirmó su predicción: en este caso se acusa á Dios de haber castigado á los inocentes como á los culpables. ¿Quién asegura que había muchos inocentes entre los súbditos de Achab, siendo así que casi todos imitaron su idolatría? Por otra parte puede Dios indemnizar como le parece á los que aflige en esta vida: luego puede sin justicia enviar calamidades generales en que sufra todo el mundo, y es un desatino culpar al profeta que las anunció.

A los tres años busca Elias á Achab, y le propone que reúna los sacerdotes de Baal y preparen un sacrificio, para que se reconozca por solo Dios al que hiciere caer fuego del cielo sobre la víctima de este sacrificio. En vano los sacerdotes idólatras invocaban á su Dios; clama Elias al Señor, y á vista de todo

el mundo baja fuego del cielo y consume el sacrificio. El rey y sus súbditos reconocen su falta y adoran al Señor. Los incrédulos lanzaron algunos dardos á la ventura contra la conducta de Elias; pero ¿probaron la falsedad de este milagro? ¿Cómo pudiera fascinar á todo un pueblo hasta el extremo de persuadirle que veía descender el fuego del cielo sobre un altar; que este fuego quemaba la leña, las piedras y todo el aparato del sacrificio? Si hubiera la menor sospecha de fraude, Elias hubiera sido sin duda víctima del furor de los idólatras.

Exige que los sacerdotes de Baal que seducían al pueblo sean entregados á la muerte, y los hace matar: anuncia que va á caer la lluvia, y cae en efecto. *Lib. III de los Reyes*, c. 17 y 18. Nuevos clamores contra la crueldad del profeta; pero es necesario acordarse que Jezabel, esposa de Achab, y aun mas criminal que él, había hecho matar á todos los profetas del Señor, á cuyo rasgo de crueldad contribuyeron sin duda los sacerdotes de Baal, á quienes ella protegía: por lo mismo merecían la muerte. *Ibid.*, xviii, 4. El pueblo fué de esta opinión; y el rey no se atrevió á contradecirle. *Ibid.*, v. 40. No se puede creer que Elias solo hubiese sujetado á la muerte á cuatrocientos cincuenta hombres, v. 49.

Recibe orden de Dios para que vaya á consagrar á Hazeel por rey de Siria, y á Jehu por rey de Israel: se pregunta: ¿con qué derecho hacia reyes este profeta? Por un derecho fundado sobre la misión de Dios que se prueba por sus milagros. *Ibid.*, xix, 45 y 46.

Ochocías, rey de Israel, imita la impiedad de su padre Achab, y Elias le anuncia su muerte. Este rey envía dos veces una partida de cincuenta hombres para prender al profeta; pero Elias hace caer sobre ellos un fuego del cielo que los consume. *Ibid.*, IV de los Reyes, c. 1: nuevo rasgo de crueldad á los ojos de los incrédulos; pero cuando prueban que Dios no debe nunca castigar á los idólatras obstinados, ni á los ejecutores de su orden injusta, y que debe abandonar sus profetas al furor de sus enemigos, convendremos en que hubo crueldad en los castigos de que habla la Historia Sagrada.

Muchos comentaristas sostienen que Elias debe volver á la tierra al fin del mundo, y se fundan en las palabras del profeta Malaquías, iv, 3: *Yo os enviaré al profeta Elias antes que llegue el día del Señor y espasme el espanto, etc.*; y en las de Jesucristo en el *Evang.*, de S. Mat., xvi, 11: *En verdad vendrá Elias, y restablecerá todas las cosas*; pero añade el Salvador: *Elias ya vino, pero no le han cono-*

cido, y le trataron como quisieron: hablaba de S. Juan Bautista. En efecto, cuando el ángel predijo á Zacarías que tendría un hijo, le añadió hablando de él: *Precederá al Señor con el espíritu y poder de Elias para volver á los hijos del corazón de sus padres, etc. S. Lucas, 1, 17*. Por lo mismo no es enteramente seguro entender las palabras de Malaquías de una segunda venida de *Elias* sobre la tierra: el que sostenga esta opinión, se expone á dar pábulo á los judíos, quienes se empeñan en que aun no vino el Mesías, porque no vino este profeta. No hablamos de los fanáticos que en estos últimos tiempos se atrevieron á anunciar su próxima venida. Quien quisiese leer el prefacio sobre Malaquías, *Biblia de Arignon, t. 11*, y la disertación sobre la sexta edad de la Iglesia, *t. 46, art. 2, p. 748*, verá que los que sostienen que volverá realmente *Elias* al fin del mundo, se apoyan sobre un sentido muy arbitrario que dan á muchas profecías, y en la semejanza de muchas predicciones que no tienen entre sí conexión alguna: de suerte que este modo de pensar se reduce á una opinión figurista. Nada importaría si esta opinión no hubiese servido ya para alimentar la terquedad de algunos, si no autorizase la de los judíos, y no prestase ocasión á los incrédulos para decir que con interpretaciones místicas se saca de las profecías lo que se quiere. V. MALAQUIAS.

**Elipando.** V. ANOPIANOS.

**Eliseo.** Discipulo y sucesor de Elias en su ministerio de profeta, quien experimentó de parte de los incrédulos las mismas acusaciones que su maestro.

Unos niños le llamaron por burla *cabeza caíra*. *Eliseo* los maldijo en nombre del Señor, y dos osos que salieron de un monte vecino devoraron á los niños en número de cuarenta y dos. *I. IV de los Reyes, n. 23*. Se dice que una falta tan ligera sufrió una pena demasiado rigurosa; pero Dios no lo juzgó así; quiso dar un ejemplo de severidad en una tierra idólatra para hacer respetar sus profetas. La palabra maldicir no significa allí descarrar mal, sino anunciarlo. V. IMPRECACIONES.

Nahaman, oficial del rey de Siria, viéndose afligido con la lepra, vino á suplicar á *Eliseo* que le curase, y lo consiguió lavándose por orden del profeta en las aguas del Jordan. Dando gracias al profeta, le dijo: «Pecid al Señor una gracia para vuestro siervo: cuando el rey, mi amo, vaya al templo de Remmon, y apoyado sobre mi brazo adorsarse á este Dios, si yo me inclino también á su presencia,

que el Señor me lo perdone.» Le responde el profeta: *Id en paz. Ibid., v. 18*. Nuestros incrédulos infieren de aquí que *Eliseo* permitió á Nahaman un acto de idolatría, y no hay nada de eso. La acción de inclinarse para sostener al rey no era un acto de religión, ni un signo de culto, sino un servicio que este oficial debía al rey su amo. Nahaman había dicho á *Eliseo*: *Vuestro siervo no ofrecerá mas sacrificios á dioses extraños, sino solamente al Señor*. Por lo mismo no quería ya ser idólatra. Véase la disertación sobre esta materia en la *Biblia de Arignon, t. 4, p. 190*.

Benadab, rey de Siria y enfermo, envía á Hazael con regalos para pedir á *Eliseo* que le curase. *Eliseo* le responde: *Decidle que sanará; pero el Señor me ha revelado que morirá... Dios me revela tambien que vos seréis rey de Siria, y me lamento de antemano por los males que hareis á mi pueblo, vin. 40*. De aquí tomaron ocasión para decir que *Eliseo* quiso engañar al rey de Siria después de haber recibido sus regalos, y que inspiró á Hazael el proyecto de matar á su amo y usurparle la corona, como efectivamente lo verificó. Pero es falso que hubiese recibido estos regalos: tampoco quiso los de Nahaman. No quiso engañar al rey, sino que anunció la respuesta que Hazael no dejaba de darle. ¿Con qué motivo había de desear el profeta la corona para un hombre que sabia que debería ser un enemigo declarado de los israelitas? Es preciso tener razones, al menos probables, para atribuir á un hombre intenciones criminales.

Lemos en el *Eclesiástico, xviii, 14*, que el cuerpo de *Eliseo* profetizó aun después de su muerte: esto quiere decir que la resurrección de un muerto, verificada por el contacto de sus huesos, probó que *Eliseo* era un verdadero profeta del Señor. *I. IV de los Reyes, xiii, 21*.

**Emanación.** Palabra que se ha hecho célebre en las obras de los críticos protestantes, que han hablado de la antigua filosofía, de las opiniones de los primeros herejes, y de la doctrina de los PP. que las refutaron, singularmente en las obras de Beausobre, Mosheim y Brucker. El primero ha tratado esta materia con mucho cuidado en su *Historia del Maniqueísmo, l. 3, c. 10*.

Como los antiguos filósofos no admitían la creación, estaban precisados á sostener, ó que las sustancias espirituales eran eternas como Dios, ó que habían salido de la esencia divina por *emanación*, y se trataba tambien de saber si este modo de producir las por *emanación* sucedía por necesidad ó por un acto

libre de la voluntad de Dios. En una disertación que compuso Mosheim sobre la creación, y que se halla al fin del *Sistema intelectual* de Cudworth, *t. 2, p. 342*, se dice que los antiguos filósofos enseñaron que el mundo salió de Dios por *emanación*. Pero deben haber entendido por esto solamente el alma del mundo, porque de otra manera no convendría con la eternidad de la materia, que es tambien un dogma de los filósofos antiguos.

Segun nuestro modo de concebir, una sustancia no puede emanar de otra si no hace parte de ella: cuando se desprende y separa de la otra, es preciso que la sustancia producida sea disminuida, y como el espíritu es una sustancia simple é indivisible, nunca podremos percibir que un espíritu pueda emanar de otro. De donde se infiere con toda evidencia que un espíritu no pudo principiar á existir sino por *creación*.

Pero los antiguos, dice Beausobre, no lo entendían así. Platon enseña que Dios es el formador de los cuerpos, pero que es el *Padre* de las inteligencias. De él emana inmediatamente el espíritu, que los griegos llamaron *νοη*, y los latinos *mens*, esta luz espiritual que ilumina todos los seres racionales: lo mismo pensaron Calcidio, Porfirio y Filon. Sin embargo, estos escritores no dudán que la naturaleza divina es una sustancia simple é indivisible; ni fue disminuida por la *emanación* de los espíritus. Dicen que Dios produjo las inteligencias como una antorcha enciende otra sin perder algo de su luz, ó como un maestro comunica sus ideas á un discípulo, sin que por eso las pierda. Segun lo que dice Mosheim, se valieron de la misma comparación para explicar la *emanación* del mundo.

Los filósofos por lo tanto, continúa Beausobre, han pensado que los espíritus existieron desde la eternidad; porque segun Platon, Dios, que es el sumo bien, no puede estar sin comunicarse, ni el espíritu sin obrar: con todo no atribuyeron á los espíritus sino una *eternidad secundaria*, porque tienen una causa, en lugar de que la de Dios es *eternidad primaria*, porque no tiene causa.

Ultimamente, han dicho que estos espíritus eran *consustanciales* á Dios, es decir, del mismo género y naturaleza que Dios mismo; sin embargo, no confesaron que estos seres sean iguales á Dios, porque Dios no comunica sus perfecciones sino en cuanto quiere. Tampoco los llamaron *dioses*, sino *emos*; es decir, seres de una duración siempre igual, sin disminución, ni acrecentamiento. Tal fué el sistema de los valentinianos y de los otros

gnósticos, de Manús y de los maniqueos, quienes lo aprendieron de los orientales. Brucker dice por su parte que tal es la base y la clave de la filosofía de estos últimos herejes.

Por lo que toca á nosotros, después de haberlo examinado maduramente, sostenemos que el sistema expuesto por Beausobre es composición suya, y que no es ni de Platon ni de ninguno de los platonícos. Nos atrevemos á desafiarle á que nos muestre todas las partes de este sistema en Filon, en Calcidio, en Porfirio, ni en ninguna secta de los gnósticos.

1º Es falso que Platon enseñase que Dios obró desde toda la eternidad; el pretendido principio de que el sumo bien no puede estar sin comunicarse, ni el espíritu sin obrar, no se encuentra en ninguna de sus obras. No atribuye á Dios ninguna acción anterior á la formación del mundo; y lejos de haber distinguido la eternidad *primaria* de la *secundaria*, dice expresamente en el *Timeo, m. p. 329, D*, que una naturaleza, ó una sustancia, que tuvo principio, no puede ser eterna.

2º Este principio no admite mas espíritus que Dios y el alma del mundo, y no nos dice si esta alma del mundo la sacó Dios de sí mismo ó del seno de la materia. Segun su opinión, las almas de los astros, de la tierra y de las demás partes del universo son pedazos del alma del mundo: á todos estos seres los llama *dioses*, y no *emos*: piensa que son *dioses visibles, dioses celestiales*, los que engendraron á los demonios y genios que eran los dioses de los paganos, sin que el Dios formador del mundo hubiese tenido en ello intervención alguna. A los demonios ó genios dice que les dió Dios la comision de producir los hombres y animales, y que las almas de estos son particulas de los astros. Llama á Dios *Padre del mundo, Padre de los dioses celestiales*, y no Padre de los espíritus ó inteligencias: *Timeo, p. 330, H, p. 333, G*. Por lo mismo, no tuvo idea de los *emos*, ni de sus ridiculas genealogías. Tambien confiesa Beausobre que los gnósticos tomaron estos *emos*, no de Platon, sino de los filósofos orientales.

3º Por la misma razon se equivocó este crítico en atribuir á Platon los delirios de los nuevos platonícos, llamados *eclecticos*: hacia por lo menos cuatrocientos años que murió Platon, cuando principió esta escuela. Brucker acusa á Beausobre de haber confundido las épocas y las diferentes edades de la filosofía, habiéndose alejado muchas veces de la verdad por esta inadvertencia. Los gnósticos pudieron acaso tomar sus *emos* de los filósofos



fos orientales; pero es muy incierto si forjaron el sistema de las emanaciones por lo que se dice en el nuevo Testamento de la generación eterna del Verbo, y de la procecion del Espíritu Santo, desfigurándolo a su manera.

4<sup>o</sup> Este sistema, según se halla arreglado, encierra una contradicción palpable: según su principio, el sumo bien no puede estar sin comunicarse, ni el espíritu sin obrar: por lo tanto, es falso que Dios produjo los *eonos* por un acto libre de su voluntad, y que no les comunicó sus perfecciones *sino porque quiso*. La causa que obra necesariamente obra con toda su fuerza, no puede modificar su acción proporcionándola a su voluntad. Si los *eonos* emanaron de Dios desde la eternidad, son seres necesarios e iguales a Dios, porque la coeternidad trae necesariamente consigo la coequalidad; y es extraño que Beausobre no lo haya comprendido.

5<sup>o</sup> Es una temeridad inexcusable por su parte el haber atribuido a los PP. de la Iglesia, á Taciano, á Orígenes y á otros varios este absurdo sistema de las emanaciones, y haber citado a su favor al P. Pelavio, *Dogm. theol.*, lib. 4<sup>o</sup>, cap. 10, § 8<sup>o</sup> y siguientes. Este famoso teólogo, en el mismo capítulo, § 13, hace ver que los PP. cuando hablan de los *seres participantes* y emanados de Dios, entienden cualidades abstractas y no sustancias ó personas, ni tampoco atribuye este sistema sino al pretendido Dionisio Areopagita, autor del V y VI siglo, y á san Máximo, su intérprete. Veremos después que los PP. en vez de adoptar este sistema ó hipótesis, lo refutaron con razones demostrativas.

6<sup>o</sup> Aun es mas odioso el motivo que dió á Beausobre esta acusación: la formó para persuadir en primer lugar, que los PP. no admitían la creación de los espíritus, lo cual es absolutamente falso: en segundo, que concibieron la generación del Verbo divino y la procecion del Espíritu Santo de la misma manera que los platónicos y los gnósticos explicaron la *emanacion* de los *eonos*, y por lo mismo la doctrina de estos acerca de la Trinidad no es nada menos que ortodoxa: en tercer lugar, que se acusó injustamente á los maniqueos, como un error, un sistema adoptado por los doctores mas respetables de la Iglesia; pero semejante proyecto solo sirvió á este crítico para su mayor confusión.

En efecto, en la palabra *CREACION* hemos hecho ver que los PP. la admitieron y la enseñaron: el mismo Beausobre conviene en ello, y lo prueba en el tomo 2<sup>o</sup>, lib. 3, pag. 230, sin distinguir la creación de los espíritus y de

los cuerpos. El dogma de la creación mina por los cimientos el sistema de las emanaciones: por confesion de nuestro autor, los filósofos no imaginaron esta última hipótesis, sino porque no podían percibir que una sustancia pueda salir de la nada. Por otra parte, se empeña Brucker en que los antiguos PP. no tuvieron idea del sistema de las emanaciones, y que por esta razon no percibieron con claridad las opiniones de los gnósticos: otra imaginación sin fundamento y que contradice la de Beausobre.

Cita este un pasaje de Taciano, *contra Gentes*, número 5; pero este autor habla allí de la generación del Verbo divino, y dice que se verificó sin division y sin disminucion de la substancia del Padre. «Lo que se divide, continúa, se separa del todo; pero lo que se comunica por participacion nada quita al principio comunicante.» Se vale de la comparación de la antorcha que enciende sin perder nada de su luz, y de del pensamiento que por medio de la palabra se comunica á los oyentes, sin que nada pierda el que la dice. Si algunos platónicos se valieron de la misma comparación para explicar la pretendida *emanacion* de los espíritus, lo cual es muy dudoso, no se sigue de aquí, que Taciano entendió la generación del Verbo como los platónicos gnósticos concebían el nacimiento de los espíritus. Lejos de admitir esta *emanacion*, Taciano dice expresamente en el núm. 7, que el Verbo divino *creó* á los hombres y á los ángeles.

En vano dice Beausobre que los teólogos distinguen dos especies de emanaciones; unas que tienen su término en la esencia divina, como son la generación del Hijo y la procecion del Espíritu Santo; otras que salen de esta esencia, y es lo que él llama la procecion de los seres participantes. Sostenemos que los PP., únicos teólogos nuestros, admitieron la primera especie en el misterio de la Santísima Trinidad, y refutaron la segunda como un delirio de los platónicos y gnósticos; y jamás se encontrará uno solo entre ellos que llamase á los ángeles y á las almas humanas seres participantes.

S. Justino, *Cohort. ad Græcos*, núm. 22, observa que Platon no dió á Dios el nombre de *Criador*, sino de *Operario* de sus pretendidos dioses; *δημιουργος*, por que el Criador, que de nada necesita, hace por solo su poder *todo lo que existe*, y el operario necesita de materia. *Dial. cum Tryph.*, núm. 3, dice que el alma no es increada, igualmente que el mundo; por eso no la cree inmortal por naturaleza, sino por gracia.

Atenágoras, *de Resurrect. mort.*, núm. 48,

observa que los que creen á Dios Criador de *todas las cosas*, deben tambien admitir su providencia sobre todas las cosas, singularmente sobre la alma humana. S. Teófilo, *ad Autolyum*, núm. 10, enseña que Dios, teniendo el Verbo en su seno, lo engendró con su sabiduría, y crió por él *todas las cosas*. S. Ireneo refutó expresamente el sistema de las emanaciones, *advers. har.*, lib. 2, cap. 13 y 17. Si Beausobre tuviese buena fe, no lo hubiera pasado en silencio.

Orígenes, *de Princip.*, l. 1, n. 4, dice: «Que siendo Dios bajo todos respectos una perfecta *monade* ó unidad, es el origen de donde toman su principio y su existencia todas las naturalezas inteligentes;» pero nos dice el mismo que le tuvieron por *creacion*, y no por *emanacion*, porque sostiene que los espíritus fueron criados igualmente que la materia. *Ibid.*, l. 2, c. 9. Esto no impidió que Brucker atribuyese á Orígenes y á S. Ireneo el sistema de las emanaciones. *Hist. crit. philosophiæ*, t. 3, p. 406 y 444. Aquí se ve la confianza que debemos tener en los acusadores de los PP.

Por mas que digan, S. Agustín y S. Juan Damasceno tuvieron razon en argüir á los maniqueos, que si los espíritus ó *eonos* y las almas de los hombres emanaron de la naturaleza divina, esta se dividió en tantas partes cuantas fueron las emanaciones. Este es uno de los argumentos de S. Ireneo *contra los gnósticos*, l. 2, c. 13, n. 5. En vano responderían todos estos herejes que negaban la consecuencia, como lo hacían los platónicos. Los PP. les replicarian que estaban todos equivocados; porque en el supuesto que se trata de las emanaciones que no tienen su término en la esencia divina, sino fuera de ella, es absurdo empeñarse en que lo que *salió de Dios* no fué separado ni dividido. Si los maniqueos se hubieran atrevido á decir que los doctores cristianos habían pensado como los platónicos, los PP. les negarian el hecho, porque realmente es falso, y añadirían que las comparaciones sacadas de los ejemplos de la antorcha y del pensamiento que se comunican, nada valen. La luz es un cuerpo, el pensamiento no es una persona ni una sustancia como los espíritus y las almas racionales. Cuando los doctores católicos echan mano de aquellos ejemplos, hablando de la generación y procecion de las personas divinas, no tratan de explicar con ellos un misterio esencialmente inexplicable; pero nunca hablaron en el mismo sentido acerca del origen de las criaturas espirituales. El misterio de la Santísima Trinidad es revelado, y no lo es la pretendida *emanacion* de los espíritus contraria

al dogma esencial de la creación que los PP. sostuvieron contra los filósofos. Trivieron mucho fundamento para argüir tambien contra los maniqueos, que si los *eonos* y almas racionales son emanaciones de la naturaleza divina, son tambien seres consustanciales á Dios y otros tantos dioses: así lo sostiene S. Ireneo. *Ibid.*, c. 17, n. 3. Es falso que los maniqueos estuviesen autorizados por la teología antigua para negar esta consecuencia. Repito que para negarla era preciso caer en una contradicción, sosteniendo por un lado que los espíritus existen desde la eternidad; que Dios no pudo existir sin producirlos, y que por lo mismo los produjo necesariamente; y por otro que le tuvieron por *creacion*, y no por *emanacion*, porque sostiene que los espíritus fueron criados igualmente que la materia. Si los filósofos han pasado por esta contradicción, como por otras muchas, los PP. de la Iglesia, que son nuestros antiguos teólogos, no han sido tan estúpidos que dejasen de percibirla. Tertuliano discutió sobre esta materia como un metafísico profundo. *Lib. contra Hermógenes*, c. 3 y siguientes.

Otros errores aun mas groseros les atribuye Beausobre: se empeña en que los PP. explicaron la generación del Verbo con la palabra griega *γεννησις*, que significa lo mismo que en latin *emanatio*, porque creyeron que Dios era corporal; que tal fué el sentido, no solo de los PP. griegos sino de los latinos, lib. 3, c. 1, § 3, 6 y 8; c. 7, § 6 y 7. Solo exceptúa á Orígenes, que aprendió de Platon, y no de la Sagrada Escritura, que Dios es incorpóreo. En órden á la naturaleza de Dios, dice que los doctores cristianos seguían el sentir de los maestros que lo habían instruido, y de las escuelas filosóficas que habían pertenecido; porque la sagrada Escritura no se explica con claridad sobre este objeto. Sin embargo, en el c. 10, § 7 del mismo libro, observa que según los principios de los filósofos ó de los antiguos teólogos, en todos los seres vivientes ó *incorpóreos* se hacen las emanaciones, sin que las fuentes ó causas sufran disminucion alguna; y que los autores cristianos se valieron de esta metafísica respecto á las *naturalezas espirituales* para explicar sus misterios. Si creían que Dios era corpóreo, ¿en qué sentido se valieron de la metafísica respecto á las *naturalezas espirituales* ó *seres incorpóreos*? De qué escuela filosófica tomaron los PP. la idea de un Dios corporal, si es cierto, como pretende Beausobre, que Platon y los platónicos, los filósofos orientales, los valentinos, los gnósticos y maniqueos distinguieron todas las emanaciones de los seres incor-

piricos de las generaciones ó emanaciones de los cuerpos? Es verdad que poco importa á este crítico incurrir en contradicciones, con tal que consiga el calumniar á los PP. Nosotros le refutaremos en la palabra *ESPIRITU*.

No es esto solo: en su opinion, los filósofos que creyeron que los espíritus salieron de Dios por emanacion, solo les atribuyeron una eternidad secundaria, por cuanto tenían una causa, reservando para solo Dios la eternidad primaria porque no la tiene. Por consiguiente, si los PP. concibieron la generacion del Verbo y la procesion del Espíritu Santo como los filósofos concebían la emanacion de los espíritus, no pudieron atribuir á estas personas divinas sino una eternidad secundaria, y no una eternidad primaria, que solo conviene á Dios Padre. Tal es la pretension de Beausobre, y aun puede decirse que va mas lejos, porque afirma que los antiguos creyeron generalmente que el Padre no engendró al Verbo, sino inmediatamente antes de crear el mundo; que hasta entonces el Verbo estaba en el Padre, pero que aun no era hipóstasis ó persona, porque aun no estaba engendrado, *lib. 3, c. 5, § 4.*

Segun esta doctrina, admitiendo el sistema de las emanaciones, parece que no supieron los PP. atribuir al Verbo divino la misma antigüedad que los filósofos atribuyeron á sus *eonos*, ó espíritus; estos amanaron de Dios desde la eternidad, en lugar de que el Verbo divino no emanó del eterno Padre sino inmediatamente antes de la creacion del mundo. Los primeros salieron necesariamente de Dios, porque como espíritu no podia existir sin obrar; pero muy libremente, sin duda, retardó Dios la generacion de su Verbo hasta el momento de crear al mundo. Una vez que los *eonos* no son dioses, porque el Padre fué libre de no comunicárselos sus perfecciones sino del modo que quiso, con mucha mas razon no sería Dios el Verbo, puesto que el Padre uso sin duda respecto á él de la misma libertad.

Bullo, en su *Defensa de la fe de Nicea*, y M. Bossuet, en su primera *Advertencia á los protestantes*, refutaron demostrativamente todas estas acusaciones absurdas. Esto no lo ignoraba Beausobre. ¿Por qué no hizo oposicion alguna á las pruebas de estos célebres teólogos? ¿Cómo no se avergonzó de suponer que desde el siglo II é inmediatamente despues de los apóstoles, la perfecta espiritualidad de Dios, su inmensidad, la generacion eterna del Verbo, la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo, etc. fueran desconocidos y desfigurados por los mismos que debían en-

señalarlos á los fieles? ¿Cómo pudo Jesucristo abandonar su Iglesia inmediatamente despues de su ascension á los cielos? Pero Beausobre queria disculpar á todos los antiguos herejes á expensas de los PP. de la Iglesia, y evadir con destreza el argumento que contra los protestantes sacó M. Bossuet de sus variaciones en la fe. Para lograr su intento, fué preciso que Beausobre acumulase paradojas y calumnias, y abandonase el principio fundamental del protestantismo, á saber: que la sagrada Escritura está clara en todas las verdades esenciales á la fe.

Le Clerc no fué mas justo extractando las obras de los PP. del siglo I y II en su *Hist. ecclés.*

Si Beausobre hubiera tenido presente que los Padres creyeron y profesaron el dogma de la creacion tomado rigorosamente, cuya justicia les hace el mismo, menos á dos ó tres que falsamente exceptua, hubiera ahorrado todos estos absurdos. Mejores lógicos que él, estos santos doctores no solamente admitieron el dogma de la creacion, sino que conocieron tambien todas sus consecuencias. Vieron que Dios no tenia cuerpo antes de haber criado los cuerpos; que el Ser Supremo, que obra por solo su querer, no tiene necesidad de cuerpo para hacer lo que quiere; que siendo todo cuerpo esencialmente limitado, serviría mas bien de obstáculo que de auxilio para el ejercicio de la divina Omnipotencia. Vieron en la Escritura: Dios dice, *hágase la luz*, y hubo luz; no necesitaban leer aun: dijo Dios, *haya espíritus*, y los hubo, para concebir que Dios crió los espíritus como la materia, que lo uno no fué mas difícil que lo otro, y que la emanacion de los espíritus es tan absurda como la de la materia. Dijeron que Dios no estuvo jamás sin su Verbo, que es su razon ó su sabiduría; que el Verbo eterno no emanó del silencio; que es coeterno y perfectamente igual al Padre, etc. De consiguiente, no fueron tan insensatos que pudiesen imaginarse que el Verbo no principió á ser una persona hasta poco antes de la creacion del mundo.

Si se valieron de las palabras *parabola, emanacion, generacion, prolacion, emision, produccion*, etc. fué porque el lenguaje humano no les suministraba otras; es injusto inferir de aquí que concibieron el nacimiento de los espíritus como el de los cuerpos, ó la generacion y procesion de las Personas divinas como la de los espíritus criados, puesto que declararon que esta generacion y procesion son misterios inefables é incomprensibles, de los cuales no podemos formar idea por lo que sucede con respecto á las criaturas.

No ignoramos que, en la opinion de Beausobre y de sus adictos, los PP. no están de acuerdo consigo mismos, que hay una multitud de inconsecuencias en sus escritos, y que incurren en frecuentes contradicciones; pero el mismo es el que se contradice en esta materia, puesto que no les atribuye sino por via de consecuencia la mayor parte de los errores que les imputa. V. PADRES DE LA IGLESIA, PLATONISMO.

Cuando se dice que nuestros actos espirituales, nuestros pensamientos, nuestros deseos *emanan* de nuestra alma, es una metáfora; estos actos no son sustancias, ni cuerpos, ni personas. Hablando de la Santísima Trinidad, no conviene llamar *emanacion* á la generacion del Verbo y la procesion del Espíritu Santo, á causa del error de los herejes y filósofos de que acabamos de hablar: es preciso atender escrupulosamente á las palabras de que usa la Iglesia, si se quiere evitar todo peligro de error.

**Embalsamamiento.** V. FENERALES.

**Empadronamiento.** V. ENUMERACION.

**Empañacion, Empañadores.** Se llaman *empañadores* los luteranos que sostienen que despues de la consagracion el cuerpo de Jesucristo está realmente en la sagrada Eucaristia junto con la sustancia de pan que, segun ellos, no se destruye ni aniquila, refutando de este modo el dogma de transustanciacion. Se llama *empañacion* el modo con que explican esta real presencia; diciendo que el cuerpo de Jesucristo está en la Eucaristia *con el pan, en el pan y bajo el pan; in, sub, cum*: que es como ellos se explican.

Tambien podia llamarse *empañacion* el sentir de algunos autores jacobitas, quienes, admitiendo la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia, suponen una union hipostática entre el Verbo y el pan y vino: *Assenani, Bibliot. orient., t. 2, c. 32.*

Esta opinion ya se presentó en tiempo de Berengario, y fué renovada por Osindro, uno de los principales luteranos que tuvo la osadía de sostener la siguiente proposicion: *Este pan es Dios*. Una opinion tan extraña, dice M. Bossuet, no tuvo necesidad de ser refutada; cayó ella misma por su propio absurdo, y nunca mereció la aprobacion de Lutero. Otros dicen que la naturaleza humana, en virtud de su union sustancial con la Divinidad, está presente en todos los lugares, porque participa de la inmensidad de Dios, y por consiguiente está tambien en el pan consagrado: esta inmensidad del cuerpo de Jesucristo la llaman *ubiquidad*, y á sus partidarios *ubiquistas*. Véase UBUISTA.

De cualquier modo que los luteranos expliquen su sistema, es evidentemente contrario al sentido literal y natural de las palabras de Jesucristo. Cuando dió su cuerpo á sus discipulos, no les dijo: *Aquí está mi cuerpo; ni este pan es mi cuerpo*, sino: *Hoc est corpus meum*; luego lo que presentaba á sus discipulos no era sino cuerpo de Jesucristo.

Los calvinistas, que no admiten la presencia real, escribieron mucho contra el sistema de los luteranos; les probaron que si Jesucristo está real, corporal y sustancialmente en la Eucaristia, es indispensable confesar que está allí por transustanciacion; que dos sustancias no pueden estar bajo los mismos accidentes; que si es indispensable admirar un milagro, mas natural es que nos atengamos á los católicos, que al que fingen los luteranos. Lutero por su parte siempre sostuvo que las palabras de Jesucristo llevan literalmente consigo la significacion de una presencia real, corporal y sustancial. De este modo se halla sostenido el dogma católico por los mismos que hacen profesion de refutarle.

La *empañacion* de los luteranos se llama tambien *consustanciacion*. V. la *Hist. de las variaciones*, l. 2, n. 3, 31 y 32.

**Emperadores.** En la palabra *APOTRÓISIS* hemos notado que el uso de los romanos de colocar entre sus dioses á los *emperadores* mas relajados, fué una injuria contra la divinidad y una leccion muy penitencia para las costumbres. De aquí resulta la mucha razon que tenían los cristianos para no querer jurar por el genio de los *emperadores*; esto era un acto de politeísmo, é injustamente infringian de aquí que los cristianos eran súbditos rebeldes. Tertuliano hizo en este punto una completa apologia de los cristianos; *Apolog., c. 33 y 35*. En ninguno de los edictos que contra ellos publicaron los *emperadores* gentiles se acusa á los cristianos de sediciosos ni rebeldes á las leyes; é único crimen que se les imputaba era el que no querian adorar á los dioses del imperio; Gelso y Juliano tampoco les acusan de otro delito. Si los incrédulos modernos fueron en esta parte menos moderados, en ningún tiempo les hará honor este exceso de malignidad.

Aun con nuestro fundamento sostuvieron otros que el cristianismo debió su establecimiento á la proteccion de los *emperadores* y á la violencia y persecucion que ejercieron contra los paganos. Las órdenes de Constantino solo establecian la tolerancia y el libre ejercicio del cristianismo; ninguna imponia penas afflictivas contra el paganismo; aunque si contra los sacrificios acompañados de ma-

gia y maleficio y prohibidos ya por las antiguas leyes. En una *Memoria de la Academia de las Inscripciones*, t. 13, en 4.<sup>o</sup>, p. 94; t. 22, en 12.<sup>o</sup>, p. 330, se prueba que es falso que Constantino prohibió el ejercicio de la idolatría, despojó y demolió sus templos y prohibió las ceremonias paganas. Algunas leyes que se atribuyen á sus hijos son también supuestas ó mal entendidas, ó no fueron ejecutadas rigurosamente. Ningun autor antiguo cita un solo ejemplar de un pagano sentenciado á muerte por causa de religion en tiempo de Constantino ni en el de sus sucesores. Ya en el siglo V sostuvo Teodoreto que el poder de los emperadores en nada contribuyó á los progresos del cristianismo. *Therapeut.*, Disc. 9, p. 613 y siguientes. Para convencernos de esta verdad, no sería inútil considerar la conducta de cada uno de los emperadores paganos respecto á nuestra religion, comparándola con la de los emperadores cristianos que les han sucedido.

Se sabe que Jesucristo murió en el año 18 del reinado de Tiberio. Bajo este príncipe y en el imperio de Calígula, que solo reinó cuatro años, no pudo ser muy conocido en Roma el cristianismo. Suetonio dice que Claudio desterró de aquella ciudad á los judíos, porque excitaban tumultos por insuajación de Cristo á quien él llamaba *Chrestus*. Los sabios piensan que bajo el nombre de judíos comprende Suetonio los cristianos por sus disputas con los judíos. Tácito, hablando de la persecucion que contra ellos suscitó Neron el año 64, dice que esta superstición de los cristianos, *ya reprimida antes*, volvía á aparecer de nuevo; y es de presumir que quiso hablar de la expulsión de los cristianos de Roma en el imperio de Claudio. Pinta la crueldad de los suplicios que Neron empleó contra ellos. En este tiempo sufrieron la muerte san Pedro y san Pablo. Venos por las epístolas de este último á los filipenses, i, 12, y iv, 22, que ya habia cristianos en aquel tiempo en el palacio mismo de Neron.

Durante los veinte y ocho años que pasaron bajo los imperios de Galba, Otón, Viteleo, Vespasiano, Tito y Domiciano, no vemos que se derramase sangre por motivo de religion; pero como Flavio Clemente y su mujer Domitila, ambos parientes de Domiciano, el consúl Acilio Glabrio y otros romanos ilustres parecían haber sido cristianos, se enfureció contra ellos Domiciano é hizo la guerra al cristianismo: esta es la segunda persecucion durante la cual fué desterrado á las islas de Pámos S. Juan Evangelista. Cesó en tiempo de Nerva, príncipe muy dulce, pero que solo rei-

nó dos años. En tiempo de Trajano se volvió á renovar la persecucion, año de 104. La carta que Plinio el Joven le escribió, en la cual le declara que poniendo á los cristianos en tortura no descubrió crimen alguno que pudiese inculpárselos, no le hizo cambiar de opinion: le respondió que no se debía buscar á los cristianos; pero que cuando fuesen denunciados y convictos, era preciso castigarlos.

Se continuó pues atormentándolos durante su imperio y el de Adriano, que componen mas de veinte años; por cuya razon presentaron en este tiempo sus apologías del cristianismo Castrato y Aristides, que por desgracia no conservamos. Sin duda hicieron impresion, porque Eusebio nos conserva un rescripto del año 129, por el cual declara Adriano á Minucio Fundano, procónsul del Asia, que no quiere que merezcan consideracion los clamores públicos ni las calumnias intentadas contra los cristianos, á menos que no les sean probadas, y que de lo contrario se debe castigar á los calumniadores.

Bajo Marco Antonino y Marco Aurelio, príncipes por otra parte muy equitativos, continuaron en las provincias el desórden y las persecuciones; en esta época presentaron sus apologías Melitón, Apolinar y Mileditas, que por desgracia hemos perdido; pero conservamos las de Atenágoras y S. Justino. Se lamenta con razon de que no se ejecutasen las órdenes de Adriano, y de que se diese muerte á unos hombres que por ningún título podían ser convencidos de criminales. Marco Antonio conoció la justicia de estas quejas; hacia el año 132 dirigió á los magistrados del Asia un nuevo ordenamiento, conforme al que publicó su padre, prohibiendo castigar á los cristianos por solo motivo de religion.

Muchos criticos pusieron en duda el milagro de la legion fulminante, acaecido en tiempo de Marco Aurelio, y el rescripto que este príncipe dirigió al senado y pueblo romano, prohibiéndoles inquietar á los cristianos por su religion, y dándoles cuenta de este prodigio; el que no hubiera sido atacado, si fuese menos favorable al cristianismo. Véase *Licinos de rebus sacris*, y la *Historia de la Academia de las Inscripciones*, tom. 9, en 12.<sup>o</sup>, páj. 370. Los reinados de Cómodo, de Pertinax, de Didio Juliano, de Níger y de Albino fueron una época de desórdenes y de sedicion, en que el pueblo y los magistrados de las provincias pudieron impunemente dar libre curso á su odio contra los cristianos.

Septimio Severo estimó y prestó su confianza á muchos cristianos, resistiendo mas de

una vez al furor del pueblo animado contra ellos, si hemos de dar crédito á Tertuliano, *ad Scapul.*, cap. 4; pero no por eso dejó de prohibir el ejercicio del judaísmo y del cristianismo, según su historiador, *Spartian.*, *in vita Severi*, cap. 47.

No se sabe cómo se portaron Caracalla, Geta, Macrino y HelioGabal; pero Alejandro Severo fué mas favorable á nuestra religion durante su imperio, que duró trece años. Eusebio y S. Jerónimo dicen que Mammea, madre de este emperador, era cristiana, y que profesó á Orígenes un particular cariño. Lampridio dice que Alejandro Severo honraba privadamente á Jesucristo, y que quiso edificarle un templo; por lo menos es cierto que no persiguió á los cristianos en todo el tiempo que reinó.

El año 235, Maximino, su sucesor, y enemigo declarado, renovó la persecucion y es la séptima, que fué sangrienta, aunque afortunadamente no duró mas que dos años. Pupiano, Balbino y los tres Gordianos reinaron poco tiempo; Filipo, su sucesor, es considerado como cristiano; pero era demasiado vicioso para profesar sinceramente una religion tan santa como la nuestra. El año 249 fué vencido y muerto por Decio, uno de los mas ardientes perseguidores del cristianismo. No tuvo mas humanidad Valeriano que subió al imperio el año de 257. Menos injusto Galieno, hizo restituir á los cristianos tres ó cuatro años despues las iglesias que los habian quitado.

Pero la mas cruel de todas las persecuciones fué la de Diocleciano, Maximiano y sus colegas: principió el año de 303, precedida de un intervalo pacífico de cuarenta años; duró casi diez años, y fué general en todo el imperio. No se debe extrañar el considerable número de mártires, cuyas actas se refieren en esta época. La tempestad no calmó hasta el año de 311 ó 313, cuando Constantino y Licinio expidieron un edicto mandando la tolerancia del cristianismo. Por la conducta de Licinio y la de Maximino se puede formar juicio de que dieron este edicto á su pesar; la paz no se restituyó solidamente á la Iglesia hasta que quedó Constantino unico soberano del imperio y profesó el cristianismo.

La tolerancia de algunos emperadores no pudo contribuir en nada á los progresos del cristianismo hasta esta época: siempre se miraba como una religion proscripta por las leyes, y contra la cual se creían con derecho á enfurecerse el pueblo y los magistrados. Los rescriptos de los emperadores, que prohibían castigar á los cristianos cuando no se

les convenciese de algun crimen, eran muy mal ejecutados, según se lo representan nuestros apologistas: los gobernadores de provincia, por captarse la benevolencia del pueblo, le dejaban ejercer impunemente su ferocidad.

Convertido Constantino, concedió la tolerancia y el libre ejercicio del cristianismo; mandó restituir á los cristianos las iglesias y bienes confiscados; honró con su confianza á los obispos, y concedió inmunidades al clero; hizo guardar las fiestas, y abolió el suplicio de la cruz. Prohibió á los paganos las ceremonias mágicas destinadas á hacer mal; pero no prohibió aquellas que tenían por objeto el hacer bien; permitió que substiesen algunos templos de los ídolos, aunque mandó destruir aquellos en que se cometían muchas abominaciones. Lejos de tratar de hacer ninguna violencia á los paganos para que abrazasen el cristianismo y abandonasen la idolatría, declaró expresamente que no era su ánimo violentar á nadie. Eusebio, *Visita de Constantino*, l. 2, c. 56 y 60; *Orat. ad SS. Caton*, c. 11. Nadie puede citar el ejemplo de un solo pagano muerto por motivo de religion, ni siquiera castigado por ello con penas aflictivas. Cerca de un siglo despues de él, bajo Teodosio el Joven, año 423, hallamos también una ley que prohibe hacer toda clase de injusticia y de violencia á los judíos y paganos mientras viviesen pacíficos y obedientes á las leyes. *T. 6, Cod. Theod.*, p. 295. ¿Qué diferencia entre esta conducta y la de sus predecesores! Juliano, que quiso restablecer el paganismó, ¿fue un príncipe justo y moderado? En el dia los incrédulos sostienen que el cristianismo debe sus progresos á la protección de los emperadores cristianos y á las violencias que cometieron con los paganos para establecerlo. Véase **CRISTIANISMO, PERSECUCION**. Algunos censores de la doctrina de los PP. repugnan á Tertuliano por haber dicho en su *Apologética*, c. 21, las siguientes palabras: «Los cesáres hubieran creído en Jesucristo si no hubieran sido necesarios para el siglo, ó si los cristianos pudieran ser cesáres.» Nosotros sostenemos que Tertuliano lo dijo con sobrada razon.

En efecto el poder de los emperadores era despótico, absoluto, exento de toda ley, opresivo y frecuentemente cruel; y Tertuliano comprendía muy bien que una clase de gobierno semejante no podia convenirse con las máximas del cristianismo; que unos soberanos persuadidos de que era necesaria para el siglo una autoridad tan excesiva, no tendrían bastante resolucion para plegarse á las